



Universidad de la República
Facultad de Psicología

El lugar de los padres en el psicoanálisis con niños

Trabajo final de grado

Tutor: Octavio Carrasco

Estudiante: Mariana Bentancor Ortiz - **C.I.:** 4.860.614-7

Octubre, 2018
Montevideo, Uruguay

ÍNDICE

RESUMEN.....	3
INTRODUCCIÓN.....	4
PRIMERA PARTE. El lugar de los padres en la estructuración psíquica del niño..	6
Capítulo 1. Función materna.....	6
Capítulo 2. Función paterna.....	11
Capítulo 3. Relación de objeto.....	16
Capítulo 4. Narcisismo.....	25
SEGUNDA PARTE. Los padres y la consulta.....	30
Capítulo 5. El momento de consultar.....	30
Capítulo 6. Las expectativas en relación al análisis.....	34
Capítulo 7. Transferencias múltiples.....	39
CONCLUSIONES.....	45
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	48

RESUMEN

El propósito de la presente monografía es realizar una revisión de la literatura acerca del lugar que ocupan los padres en el psicoanálisis con niños. Se tomará como punto de partida el hecho de que si no hay implicación de los padres en el análisis de su hijo, se obtura la posibilidad de análisis.

Tomando en consideración que el niño es un psiquismo en estructuración, la primer parte del trabajo estará destinada a profundizar en la función materna y en la función paterna. Se indagará en el desarrollo esperado de dichas funciones y en las consecuencias que acarrea que el decurso de las mismas se desvíe. A su vez, se hará énfasis en la repercusión que el proceso de estructuración psíquica conlleva para la posterior construcción de la propia identidad en el niño y su correspondiente salida exogámica.

Posteriormente, teniendo en cuenta que la consulta a un analista no surge por decisión propia del niño sino porque un adulto advierte cierto malestar en él (generalmente los padres), en la segunda parte del trabajo el énfasis estará puesto en el lugar de los padres en la consulta por su hijo. Para ello, se profundizará en lo relativo a la toma de decisión de consultar, en las diferentes expectativas que los padres pueden adoptar respecto al análisis y en el particular desarrollo de la transferencia en el análisis con niños.

Palabras clave: psicoanálisis, niños, padres, estructuración psíquica, consulta.

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo se abordará la temática concerniente al lugar de los padres en el psicoanálisis con niños, realizando una revisión de la literatura sobre dicho campo temático.

Habiendo tantos temas posibles al momento de pensar en la clínica infantil estimo que uno de los principales es el concerniente al lugar de los padres, dado que si no hay implicación de los padres en el análisis de su hijo, no hay posibilidad de análisis. Por lo tanto, es una cuestión imprescindible a la hora de reflexionar en torno a la clínica con niños. Además, no es habitual que un niño consulte sino que quienes lo hacen son los padres. En este sentido, considero de interés indagar cuál es la posibilidad de que, en la dimensión analítica, se genere un tratamiento, teniendo en cuenta que en reiteradas ocasiones los padres consideran que lo que le sucede a su hijo no tiene relación alguna con ellos.

Ahora bien, fueron dos interrogantes centrales las que suscitaron mi interés por la temática. Por un lado, ¿qué lugar ocupan los padres en la estructuración psíquica del niño? Por otro lado, ¿por qué, quién y para qué demanda un padre que consulta?

En este sentido, el recorrido que se llevará a cabo en el presente trabajo estará dividido en dos cuestiones principales que considero pertinentes a la hora de profundizar en el tema: una primera parte que apunta al lugar de los padres en el proceso de estructuración psíquica del niño y una segunda parte referida al lugar de los padres en la consulta con niños.

A su vez, la primera parte estará dividida en cuatro capítulos:

En el primero se abordará la función materna, entendiendo que el cachorro humano al nacer se encuentra en un estado de indefensión y dependencia donde necesita de la presencia de dicha función.

En el segundo se indagará la función paterna, considerando principalmente los aportes de Lacan respecto a la función del padre en el Edipo, cuya función es poner un límite a la relación primitiva entre madre e hijo.

En el tercero el énfasis estará puesto en la relación de objeto, tomando como eje nuevamente los aportes de Lacan. Se articulará con el caso Juanito con el fin de pensar su pasaje por el complejo de castración y cómo las fallas en este contribuyeron a la creación de la fobia. A su vez, se hará hincapié en la cuestión del estatuto del objeto.

En el cuarto capítulo la cuestión central es el narcisismo y su relación con la construcción de la propia identidad en el niño y con la salida exogámica, es decir, el narcisismo en su función de relación al otro. Se articulará con el caso del “Hombre de las Ratas”.

Por otro lado, la segunda parte estará dividida en tres capítulos:

El primer capítulo hará referencia al momento de consultar. Se tendrá en cuenta de qué forma llegan los padres al consultorio del analista, quien demanda o consulta, si fue una decisión tomada por ellos o sugerida o impuesta por un tercero.

El segundo capítulo refiere a las expectativas en relación al análisis, es decir, si esperan que ese espacio sea un espacio para el hijo, para ellos, para modificar los síntomas o para reparar algo que los molesta.

El tercer y último capítulo estará destinado a la cuestión de las transferencias múltiples, tomando en cuenta las diferentes posiciones que pueden adoptar los padres respecto al análisis y cómo ello contribuye al análisis mismo, así como si se implican o no en la dificultad de su hijo.

Se pretende que la presente monografía sea un material que sirva de aporte tanto para mi propia formación como también para aquellas personas interesadas en la temática que se indagará.

PRIMERA PARTE

El lugar de los padres en la estructuración psíquica del niño

Capítulo 1. Función materna

Como plantea Freud (1895/1996),

El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, por ejemplo el berreo, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga adquiere así función secundaria, importante en extremo, función del entendimiento o comunicación y el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales (p. 362).

Es decir que, en un principio, la indefensión en que se encuentra el cachorro humano hace necesaria la presencia de un otro que lo satisfaga.

En esta línea, también considero pertinente mencionar los aportes de Winnicott, que a lo largo de su obra hace especial énfasis en el lugar que ocupa la madre en la relación con su hijo. Con el término “madre suficientemente buena” se refiere a una madre capaz de sostener al niño física y emocionalmente, brindándole los cuidados y el cariño necesarios, evitando los excesos de ser intrusiva o abandonica. De esta forma, “permite que el pequeño comience a existir, a tener experiencia, a construirse un yo personal, a dominar los instintos, y a enfrentarse con todas las dificultades inherentes a la vida” (Winnicott, 1956, párr. 34). De lo contrario, su proceso de maduración se vería perturbado.

También es interesante tener en cuenta que cuando el niño, por ejemplo, llora o grita, está manifestando sus necesidades, y es la madre quien le otorga un sentido a las mismas. En este punto, Dolto (1984) insiste en que

(...) el peor de los comportamientos de una madre es confundir una demanda de presencia para la comunicación intersíquica, con una demanda de necesidad. Esto es lo que altera en el niño el sentido de la diferencia entre su deseo y su necesidad (p. 149).

Por ejemplo, responder a la demanda del niño brindándole comida y no palabras, cuando lo que el niño está demandando es comunicación y no algún tipo de necesidad.

Del mismo modo, Casas de Pereda (1999) plantea que “La función materna, anticipación y frustración, habilita la creación del objeto en ese movimiento singular en el que se necesita de una madre real para que aparezca una madre simbólica” (p. 194). Explica que la madre da sentidos a lo expresado por el bebé, siendo estas respuestas esenciales para que surja el deseo en el sujeto. De esta manera, cuando la madre responde inscribe al bebé en su propio universo significativo, dependiente de su propia historización. En este sentido, “El deseo emerge entre necesidad y demanda, en tanto el semejante de la acción específica responde” (p. 196).

Por su parte, Janin (2011) se plantea la siguiente interrogante: “¿Cómo se pasa de ser un eslabón en una historia ajena a tener una historia propia?” (p. 16). En un afán de responder a dicha pregunta, refiere que “La madre ejercerá un poder casi absoluto al abrir recorridos de placer y displacer, al otorgar sentido a su llanto, movimientos, gestos, al determinar qué satisfacciones están permitidas” (p. 16). De este modo, es la madre quien impone al niño determinadas acciones o pensamientos al mismo tiempo que toma en cuenta lo que el niño necesita. Ahora bien, así como ésta posición de la madre puede contribuir en el proceso de humanización del niño, también puede suceder que la imposición que ejerce sea excesiva y, por lo tanto, violenta, donde no se reconoce una diferenciación entre ella y el niño. En este sentido, es menester considerar que

A través de los cuidados maternos, en esa intrincación entre la necesidad y la caricia del otro se van construyendo recorridos de placer-displacer. Pero debemos tener en cuenta que cada madre erogeneizará de acuerdo con su propio mapa erógeno, con su propia historia de placeres y prohibiciones (p. 19).

Acorde con los postulados mencionados anteriormente, Flesler (2007) plantea que “La profunda dependencia que el cachorro humano mantiene con otro ser humano es primordial para su existencia como sujeto” (p. 61). Asimismo, la autora hace especial énfasis en la cuestión del deseo de los padres cuando se proponen tener un hijo y cómo ello repercute en la estructura del sujeto. Es menester tener en cuenta que la existencia no atañe a lo biológico sino que se encuentra sostenida por la ilusión de los padres cuando desean tener un hijo. Es así que, en el mejor de los casos, ese deseo despierta un ansia de completud que luego se manifestará en el niño llevándolo a proponerse como cubriendo las expectativas procedentes de la falta del Otro.

Refiriéndose específicamente a la madre, Flesler (2007) plantea que “En la madre, el deseo de un hijo no ha surgido sólo a raíz de una falta promovedora del anhelo de tenerlo, sino también de una ilusión de obtenerlo” (p. 46). De este modo, la

madre anticipa la existencia del sujeto, por ejemplo comprando ropa o hablándole, anticipación que llevará al sujeto a toparse con la bivalencia de ser o no el falo.

En este punto, considero apropiado mencionar la diferenciación que la autora establece entre el falo imaginario y el falo como significante. Por un lado, define al falo imaginario “como tiempo de cobertura y velo de esa primera falta que causó para la madre el deseo de tener un hijo” (p. 47), de modo que se pueda generar en la madre la ilusión necesaria para amar y cuidar a su hijo. Y por otro lado, refiere que el falo como significante es “naïpe elemental para poner en juego una lógica de incompletud en la delicada dinámica de la relación madre-hijo”, de modo que se pueda introducir la diferencia. Concluye que se trata de dos tiempos sucesivos, uno de ilusión y otro de engaño, y finalmente destaca que dicha ilusión es imprescindible ya que de lo contrario no se darían los cuidados necesarios al niño.

Si bien lo correspondiente a la función paterna será abordado en el próximo capítulo, en este punto es oportuno preguntarse por el deseo del padre, que según Flesler (2007) “será promotor de una operación nominante que efectiviza un enlace” (p. 48), es decir, enlaza lo real dándole un lugar al hijo.

Por otro lado, Lacan (1969-1970/1992) también aborda la cuestión del deseo de la madre, refiriéndose a éste como un deseo insaciable y devorador. Al respecto, sostiene que

El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre (p. 118).

Es decir, frente al deseo de la madre se corre el peligro de ser devorado. Sucede que el deseo de la madre es estragante porque ella además de madre es mujer, y la mujer es un sujeto insaciable dado que el niño no la satisface por completo. Entonces, el niño se ve enfrentado a esa mujer insaciable que es su madre y a su deseo de devoración, que implica un plus de goce en ella.

Respectivamente, Lacan (1969-1970/1992) continúa diciendo que “Hay un palo de piedra por supuesto que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Eso es lo que se llama falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra” (p. 118). Como se verá en el próximo capítulo, ese palo estaría representando

al padre y en eso consiste precisamente la función paterna. De esta forma, el niño se defiende frente a ese goce de su madre.

Como plantea Lacan (1957-1958/1999), “La primera relación de realidad se perfila entre la madre y el niño, y ahí es donde el niño experimenta las primeras realidades de su contacto con el medio viviente” (p. 186). En ese entonces, para el niño el padre aún no ha entrado en el triángulo.

Ahora bien, “lo esencial es que la madre fundamenta al padre como mediador de lo que está más allá de su ley, la de ella” (Lacan, 1957-1958/1999, p. 197), es decir, la función materna consiste en ser mediadora en el momento en que el padre se posiciona en el lugar de la privación en tanto soporte de la ley, estableciendo de esta forma al padre como dictador de la ley. De más está decir que no es tarea fácil, ya que se espera de la madre que desista de la relación dual con su hijo dando cabida al padre. De este modo, se da lugar a que advenga el sujeto.

En la misma línea, Levin (2000) hace referencia al hecho de que el nacimiento de un hijo enfrenta a los progenitores a ejercer nuevas funciones, a saber, la función de padre y la función de madre, diferentes y complementarias a la de hombre y a la de mujer respectivamente. Así como anteriormente se planteó que la existencia no atañe a lo biológico sino que se encuentra sostenida por la ilusión de los padres cuando desean tener un hijo, Levin (2000) sostiene que

(...) el niño como tal no coincide consigo mismo, depende de Otro para transformarse en hijo, pues un niño se transforma en hijo si se ejerce la función paterna (nombre del padre), que da lugar al funcionamiento materno y a su deseo, instituyendo una trilogía escénica (p. 51).

De esta forma, se habilita la “circulación fálica del deseo” como opuesta al incesto al ser una instancia tercera que ejerce la prohibición entre la madre y el hijo. Ahora bien, coincidiendo con los aportes de Lacan mencionados anteriormente, Levin (2000) refiere que “Es el funcionamiento materno lo que instituye y ubica el posicionamiento paterno para el hijo-niño” (p. 52-53). Es decir, es ella quien debe establecer su separación con el hijo dando lugar a una triangulación donde circule el deseo hacia terceros. En definitiva, “Se trata del deseo materno, de ella como madre lo que da paso al deseo (fálico) del hijo” (p. 53).

En el mismo orden de ideas, el autor continúa diciendo que el encuentro entre una madre y su hijo delimita la lengua materna (lengua fundamental) que, cuando la madre mira, limpia, toca, alimenta, habla, etc. a su hijo, le ofrece la consistencia que

necesita posibilitando que responda a las demandas deseando. Por esta razón, “La premisa materna tendrá que soportar que amar a un hijo es sin duda renunciar a él” (p. 57), habilitando el interjuego entre el padre y el hijo que, a su vez, la vuelve a ubicar en su lugar de mujer y de madre en cada caso.

En este punto, Levin (2000) difiere con los postulados de Winnicott respecto a la madre “suficientemente buena” ya que para él no hay una función materna ideal. Desde su perspectiva, “se trataría de una madre deseante y demandante, y de un niño-hijo que al desear demanda incondicionalmente a ella nuevamente su amor” (p. 59), de modo que es inevitable que se genere un espacio donde surjan diferencias.

De la misma forma, Laurent (1999) también difiere con Winnicott respecto a los postulados de la madre “suficientemente buena” y expresa que “Acerca de la madre Lacan nota que hace falta que los cuidados lleven la marca de un interés particularizado. La particularidad del cuidado de la madre hace eco al Nombre del Padre” (p. 195). Explica que sería catastrófico definir a la madre en relación a un ejercicio ideal de su función ya que de lo que en realidad se trata es de pensar de qué forma el niño fue objeto para su madre.

Para concluir, considero de interés la distinción que Levin (2000) establece entre madre imaginaria, simbólica y real, asignando una función a cada una de ellas que en parte concuerda con lo que los autores anteriormente citados plantean respecto a la función materna. Según Levin (2000), la madre imaginaria sería aquella que se reconoce en el cuerpo del hijo y en los cuidados maternos; la madre simbólica, a través del deseo de ser madre, es la que da lugar al padre intercediendo en su relación con el hijo; y la madre real es la que, además de madre, se posiciona como mujer causa de deseo del hombre.

Capítulo 2. Función paterna

Como ya se mencionó en el capítulo precedente respecto a la función materna, Lacan (1969-1970/1992) sostiene que el papel de la madre es su deseo, definido como insaciable y devorador, productor de estragos. Esto se debe a que la madre es también mujer, siendo ésta última un sujeto insaciable a la cual el niño se ve enfrentado y que implica un plus de goce en ella. Para explicarlo, utiliza la metáfora del cocodrilo, donde el deseo de la madre es estar dentro de la boca de aquel. De esta forma, se corre el peligro de ser devorado.

Ahora bien, Lacan (1969-1970/1992) continúa afirmando que “Hay un palo de piedra por supuesto que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Eso es lo que se llama falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra” (p. 118). Ese palo estaría representando al padre y, precisamente, en eso consiste la función paterna. Es así que el niño se defiende frente a ese goce de su madre. En este sentido, el padre es quien pone un límite a la primera relación entre madre e hijo, inscribiendo al niño como un objeto diferenciado.

Lacan (1957-1958/1999) sostiene que “el complejo de Edipo tiene una función normativa, no simplemente en la estructura moral del sujeto, ni en sus relaciones con la realidad, sino en la asunción de su sexo” (p. 169). Justamente, el punto esencial del complejo de Edipo es la metáfora paterna que consiste en ubicar al padre en el lugar de la madre, siendo el triángulo niño-padre-madre fundamental. El énfasis no está puesto en la relación personal entre la madre y el padre sino en la función en la que éstos intervienen: primero el Nombre del Padre, luego la palabra articulada del padre y por último la ley, y “lo esencial es que la madre fundamenta al padre como mediador de lo que está más allá de su ley, la de ella” (p. 197).

Según Lacan (1957-1958/1999), es necesario considerar tres tiempos para comprender el Edipo, en cada uno de los cuales la instancia paterna tiene sus particularidades. En cuanto al primer tiempo, refiere que predomina una identificación en espejo del sujeto con el objeto de deseo de la madre. “Es la etapa fálica primitiva, cuando la metáfora paterna actúa en sí, al estar la primacía del falo ya instaurada en el mundo por la existencia del símbolo del discurso y de la ley” (p. 198). Es una etapa en la que al niño le basta con ser el falo para gustarle a la madre.

En un segundo momento, “en el plano imaginario, el padre interviene realmente como privador de la madre, y eso significa que la demanda dirigida al Otro, si obtiene el relevo conveniente, es remitida a un tribunal superior” (p. 198). En este punto, al

niño le vuelve la ley del padre percibiéndola imaginariamente como privación para la madre, de modo que la madre pasa a depender de un objeto que el Otro tiene o no.

Por último, el tercer tiempo se caracteriza por el hecho de que “El falo, el padre ha demostrado que lo daba sólo en la medida en que es portador (...) de la ley. De él depende la posesión o no por parte del sujeto materno de dicho falo” (p. 199). Es decir, el padre interviene no como siendo el falo sino como aquel que lo posee, conduciendo a la reinstauración del falo como objeto de deseo de la madre y no únicamente como aquello de lo que el padre priva (padre “todopoderoso” del segundo tiempo). De esta forma, al ser quien tiene el falo, el padre le puede dar a la madre lo que ésta desea, momento en que la relación entre ambos retorna al plano de lo real.

En definitiva, se intentó demostrar que es en los tres tiempos del Edipo que puede producirse, a través de la instancia paterna, la identificación. En un primer tiempo, la instancia paterna aparece de forma velada, lo que no significa que el padre no exista. Es un tiempo en el que la cuestión del falo ya está presente en la madre, donde el niño la encuentra. En un segundo tiempo, el padre se posiciona en el lugar de la privación en tanto soporte de la ley y no lo hace de forma velada sino mediado por la madre, estableciendo al padre como dictador de la ley. Y en un tercer tiempo, el padre es quien tiene el falo, permitiendo su reinstauración como objeto de deseo de la madre. La salida del complejo de Edipo es favorable si se produce la identificación con el padre.

En este punto, estimo pertinente aclarar que Lacan “interpreta al falo no desde la subjetividad de los que están en la situación edípica, sino desde una teoría que caracteriza al Edipo y la variación de sus tiempos en función de cómo queden ubicados los personajes en relación al falo” (Bleichmar, 1997, p. 53). Como se expuso anteriormente, en el primer tiempo el niño es el falo de la madre y, por lo tanto, ella es madre fálica al tenerlo; en el segundo tiempo, ambos dejan de ser y tener el falo respectivamente, siendo éste el padre; y en el tercer tiempo nadie es el falo, quedando éste instaurado en la cultura. En este sentido, “al existir una ley que fija posiciones en base a un elemento en circulación estamos dentro del orden simbólico” (p. 54). Es decir que el falo, a medida que circula, asigna determinadas posiciones, más allá de que el sujeto se dé cuenta o no de ello.

Llegados a este punto, considero apropiado mencionar que Freud (1924/1996) define al complejo de Edipo “como fenómeno central del período sexual de la primera infancia”, cayendo posteriormente sepultado. Ante esto, expresa que “el proceso descrito es más que una represión; equivale, cuando se consuma idealmente, a una

destrucción y cancelación del complejo” (p. 185). En este punto, habla de la frontera entre lo normal y lo patológico, dado que si el yo no logra dicha represión del complejo el mismo permanecerá inconscientemente en el ello siendo exteriorizado más tarde su efecto patógeno.

Por otro lado, Lacan (1957-1958/1999) aborda la cuestión de la presencia o ausencia del padre y lo favorable o perjudicial que esto puede resultar, y se detiene particularmente en el término de “carencia paterna”. Explica que, en un primer momento, solía creerse que un exceso de la presencia del padre era lo perjudicial, mientras que luego comenzaron las interrogantes respecto a sus carencias. En este sentido, en cuanto a la presencia o ausencia del padre como parte del entorno, plantea que aún sin estar el padre existe, e “Incluso en los casos en que el padre no está presente, cuando el niño se ha quedado solo con su madre, complejos de Edipo completamente normales (...) se establecen de una forma homogénea con respecto a los otros casos” (p. 172), siempre y cuando se sostenga su lugar como pieza del triángulo familiar. Es decir, la carencia del padre en la familia no implica necesariamente su carencia en el complejo. Es de suma importancia que el padre esté presente aunque sea en el discurso de la madre, es decir, en el Nombre del Padre, lo que Lacan (1957-1958/1999) define al plantear que

No es lo mismo decir que ha de haber ahí una persona para sostener la autenticidad de la palabra, que decir que algo autoriza el texto de la ley. En efecto, a lo que autoriza el texto de la ley le basta con estar, por su parte, en el nivel del significante. Es lo que yo llamo el Nombre del Padre, es decir, el padre simbólico. Es un término que subsiste en el nivel del significante, que en el Otro, en cuanto sede de la ley, representa al Otro. Es el significante que apoya la ley, que promulga la ley. Es el Otro en el Otro (p. 150).

En este sentido, es de gran relevancia tener en cuenta el hecho de que pueda faltar este significante dado que funda ley, entendida en el sentido de la función de corte que establece entre madre e hijo introduciendo la prohibición.

En palabras de Flesler (2007), “padre genitor hay uno y sólo uno, pero suplencias del padre hay tantas como el sujeto necesite y esté dispuesto a adoptar (p. 51).

Por el mismo camino, Bleichmar (1997) hace referencia al equívoco de considerar que para que el padre simbólico ejerza la castración sobre la madre y el hijo, es necesaria su presencia física. Explica que es necesario que haya algo (que puede ser alguien) en relación con el cual la madre quede en posición de no ser la ley, pero no es necesario que el padre esté presente físicamente. Laurent (1999),

refiriéndose a uno de los aforismos de Lacan, escribe: “El padre, es posible arreglárselas sin él a condición de haberse servido de él” (p. 200).

A su vez, el autor hace referencia a un segundo equívoco, a saber, el de presumir que un padre fuerte, autoritario, es más idóneo para llevar a cabo la castración simbólica. Por el contrario, “Si un padre es el poder omnímodo, arbitrario, despótico en su familia, actúa como aquello que llamamos la función madre de la relación dual” (p. 74). Ubicado en esa posición, el padre no es capaz de producir la castración porque madre e hijo se ubican ante él como esclavos, dado que el padre no representa a la ley sino que lo es.

También Levin (2000) marca dicho equívoco al decir que “No se trata de ser un padre omnipotente, terrible o despótico para producir la privación, sino de ocupar un espacio en el deseo de la madre” (p. 59), y cómo la madre lo transmite al hijo, de forma que el padre se pueda ubicar como representante de dicha legalidad.

Como se expuso en el capítulo anterior, Levin (2000) explica que el nacimiento de un hijo enfrenta a los progenitores a ejercer las nuevas funciones de padre y madre. Ahora bien, lo interesante en lo que respecta a la función paterna, es que para que el niño se transforme en hijo necesita que se ejerza dicha función (lo que anteriormente fue definido como nombre del padre), función que permite la “circulación fálica del deseo” introduciendo la prohibición del incesto entre madre e hijo. Posición del padre que, como ya fue explicitado, debe ser instituida por la madre. En palabras del autor, “La función paterna (que no todo hombre la ejerce), implica que el Nombre del Padre, la metáfora paterna y la circulación fálica, tendrán que realizarse, ponerse en escena en el encuentro con ese niño-hijo” (p. 56).

En concordancia con ello, Laurent (1999) basándose en la teoría de Lacan y, más específicamente, en el matema de la metáfora paterna, explica que

La metáfora paterna permite afirmar que el niño en su relación con la madre - que Lacan escribe bajo el matema del deseo de la madre (DM) - no encuentra resolución a lo que él es, la x de lo que él es, más que por el operador del padre (NP), es decir, la relación que tiene el padre con la madre (p. 28).

En la misma línea de lo expuesto por Levin (2000), Flesler (2007) plantea que dicha nominación del padre introduce la prohibición y limita el goce en tres sentidos, a saber: “Al hijo, al indicarle que hay una mujer con la que no alcanzará satisfacción. A la madre, al deseársela como mujer, y hacerla no-toda madre, y a sí mismo, a su vez, al recordar que su lugar de padre es deudor de un nombre” (p. 49).

A modo de conclusión del presente capítulo, considero oportuno mencionar que así como Levin (2000) establece una distinción entre madre imaginaria, simbólica y real, también lo hace respecto al padre. En este sentido, en primer lugar refiere que el padre imaginario es aquel que se reconoce en el hijo como padre. Luego, expresa que “La función paterna nunca coincide del todo con el funcionamiento paterno, dicho de otro modo, la función paterna excede a quien la ejerce por sus implicaciones simbólicas” (p. 57). En este punto, concuerda con los postulados planteados anteriormente de Lacan (1957-1958/1999) y Bleichmar (1997), donde se considera que es el padre simbólico, es decir, el Nombre del Padre, el que mediado por la madre introducirá la ley. Por último, en cuanto al padre real, explica que lo es en tanto desea a una mujer (es decir, como hombre). Si esto es así, el hijo ve al padre como agente de la castración “en tanto enmarca el enigma del goce del hombre por la mujer” (p. 58). Flesler (2007), ante la pregunta “¿Cuándo un padre merece respeto y amor?” (p. 50), responde: “Lacan dice que esto ocurre cuando él hace «de una mujer objeto a minúscula que causa su deseo»” (p. 50). Por esta razón es importante que el padre se muestre como no completo, es decir, él también es deseante.

Capítulo 3. Relación de objeto

Estimo pertinente comenzar mencionando que en el análisis de un niño es de suma importancia tener en cuenta la dimensión del deseo de los padres entre ellos en el plano del erotismo, ya que se relaciona con la interrogante respecto al deseo de los padres y la relación de éste con la castración. Como propone Flesler (2007),

(...) el deseo de los padres, como hombre y mujer, condiciona y posibilita la recreación de los tiempos del sujeto. Por el contrario, cuando el deseo de los padres se concentra exclusivamente en el hijo, el niño tenderá a funcionar como condensador de goce, objeto en el fantasma (p. 70).

La autora hace referencia a esto cuando dice que el niño llega al mundo porque le hace falta a alguien, y por esta falta puede llegar a ocupar el lugar del objeto en el fantasma del adulto. A raíz de esto, se depositan ciertas expectativas en el niño que lo invitan a ocupar el lugar de objeto colmante.

En relación a la madre, esta postura, como plantea Donzis (1998),

(...) corresponde al tiempo en el que el sujeto y el Otro están en lo que Lacan denomina Sujeto y Otro míticos, sin barrar, sin tachadura, tiempo en el que se encuentra un niño que completa imaginariamente a su madre, a merced, a expensas del goce del Otro materno (...) El niño allí, él mismo, es el (objeto) *a* de la madre, depende de la estructura subjetiva de la madre. Está enganchado a la imaginaria materna (p. 48).

Entonces, el niño no es realmente un otro sino un reflejo del fantasma de la madre.

En un principio para el niño la madre ocupa la posición del Otro, y es a través del complejo de castración que el niño comprende que ese Otro no es completo sino que está en falta. De esta forma, a través de la identificación al padre, el niño y el cuerpo del Otro se distancian.

No obstante, puede suceder que la metáfora paterna no corte lo suficiente y, por lo tanto, la castración quede vacilando. A esto mismo se refiere Donzis (1998) respecto al caso de Juanito, al decir que “el drama de Juanito es ese corte que parece que llega (...) pero que no termina de producirse” (p. 49), como se verá más adelante.

Como se expuso en el capítulo anterior, Lacan (1957-1958/1999) le atribuye al complejo de Edipo una función normativa, “no simplemente en la estructura moral del sujeto, ni en sus relaciones con la realidad, sino en la asunción de su sexo” (p. 169). El

punto clave del Edipo es justamente la metáfora paterna, ubicándose en el lugar de la madre y dando cabida a la triangulación niño-padre-madre, tiempo en donde es necesario que la madre establezca al padre como mediador.

En este punto, considero oportuna la postura de Bleichmar (2010), quien plantea que lo principal de la propuesta freudiana

(...) consiste en la regulación del goce intergeneracional como eje de pauta de la cultura. Redefiniendo entonces el Edipo como el modo con el cual cada cultura pauta el acotamiento de la apropiación del cuerpo del niño como lugar de goce del adulto (...) para rescatar (...) la gran cuestión ética que está en juego (p. 44).

Menciona que el psicoanálisis descubrió una asimetría de poder y saber del adulto respecto al niño, donde el adulto debe proteger y cuidar al niño para contribuir a condiciones de humanización favorables.

A su vez, menciona que Lacan da un giro a la cuestión “poniendo en el centro el deseo del adulto respecto al niño, el cual vuelve de modo invertido del lado del niño” (p. 44). No se trata de que el niño no se pueda acostar con la madre sino de que la madre no puede usar el cuerpo del niño para ejercer su goce, propiciando un reencuentro erótico entre el niño y el adulto.

Lacan (1956-1957/1994) plantea que entre madre e hijo siempre se encuentra el falo. Entonces el hijo, al verse identificado con el objeto de deseo de su madre, cobra valor fálico, corriendo el riesgo de acabar siendo devorado. Posteriormente, Lacan (1957-1958/1999) sugiere que en este punto interviene el padre frustrando al niño, operando así la castración. Y dependiendo de si el niño acepta o rechaza dicha privación, determinará su estructura.

“El hilo para salir de ahí es que a la madre le falta el falo, que precisamente porque le falta, desea, y que sólo puede estar satisfecha en la medida en que algo se lo proporciona” (Lacan, 1956-1957/1994, p. 193). Se podría decir que según cómo una mujer se posicione respecto a su falta, determinará su forma de amar y, por lo tanto, cómo transmite la castración, incidiendo en la subjetividad de su hijo. Al respecto, Lacan (1956-1957/1994) dice que el niño “Se encuentra por lo tanto en una relación en la que fundamentalmente es imaginado, y su estado es de pura pasividad” (p. 244-245), dado que es objeto de placer.

Mientras que para el hombre es la mujer quien ocupa el lugar de objeto *a*, para la mujer (madre) son sus hijos quienes ocupan el lugar de objeto *a*. Como expresa

Flesler (2007), “para Lacan el objeto *a* escribe una doble función: como falta será causa del deseo, y como plus de gozar, será objeto de goce (p. 31). Por lo tanto, la alternancia entre la presencia y la ausencia del objeto *a* es necesaria para alcanzar otra dimensión de goce enlazada al deseo. Además, sin dicha alternancia no se da una progresión temporal del sujeto. Lo primordial es que, finalmente, el niño no sea todo para la madre. Esta debe situar su deseo en el hombre para así ubicar al niño en la castración. Entonces, el hecho de ser madre no debe obstruir el ser mujer, y para esto es fundamental el papel del hombre.

Como afirma Flesler (2007), el deseo de los padres entre ellos es lo que asegura la alternancia y permite la efectuación del sujeto ya que el niño no queda ubicado como completando el agujero del amor, ni del deseo, ni del goce de sus padres.

Entonces, para Lacan (1956-1957/1994) la etapa primordial se encuentra antes del Edipo, entre la relación primera de la frustración primitiva y el Edipo. Etapa en la que el niño le ofrece a su madre el objeto imaginario del falo con el fin de satisfacerla por completo. Y ante esta situación, el papel del padre es fundamental para que el niño pueda alcanzar la vía a través de la cual se da el registro de la primera inscripción de la ley. Claro está que dicha situación no siempre sigue el curso esperado. En el caso de Juanito, por ejemplo, es necesario hallar una suplencia para ese padre que se empeña en no querer castrar generando una situación intolerable.

Entonces, más allá de cómo se da la situación del niño con la madre, es necesario introducir otro elemento. Es decir, el padre debe estar ahí, en esa situación, para marcar la diferencia, y su papel consiste en ser quien posee a la madre. Como sugiere Lacan (1956-1957/1994), “Esta situación es con toda seguridad estructurante, pues sólo en torno a ella puede articularse la relación del fetichista con su objeto” (p. 226), y para poner término a ésta relación es fundamental el papel del padre poniendo en juego la castración.

En lo que atañe a la noción de objeto, Lacan (1956-1957/1994) insiste en que no se trata de un simple correlato del sujeto sino que

El objeto tiene aquí un papel muy distinto, se sitúa, por decirlo así, sobre un fondo de angustia. El objeto es un instrumento destinado a enmascarar, a modo de una protección, el fondo fundamental de angustia que caracteriza a la relación del sujeto con el mundo en las distintas etapas de su desarrollo (p. 22).

Un ejemplo que ilustra ello es el caso de la fobia, donde entre el miedo y el objeto hay cierta distancia, es decir, no se hallan en una relación directa. El objeto constituido busca resguardar al sujeto de los miedos, es decir, protegerlo de la angustia. En este punto, Lacan (1956-1957/1994) hace referencia a los postulados que proponen “Que la angustia en cuestión es la angustia de castración” (p. 23) y, posteriormente, que se trata de “la construcción misma del objeto paterno, que sería como su continuación y su culminación” (p. 23).

Por otro lado, también hace referencia a la cuestión del fetichismo estableciendo que “si lo consideramos en la perspectiva de la relación de objeto, resulta que el fetiche cumple en la teoría analítica una función de protección contra la angustia, y, cosa curiosa, la misma angustia, es decir, la angustia de castración” (p. 23). Pero difiere respecto al caso de la fobia en el hecho de que, en el fetichismo, la relación entre el fetiche y la angustia “está vinculada con la percepción de la ausencia de órgano fálico en el sujeto femenino, y con la negación de esta ausencia” (p. 23).

Ahora bien, lo que interesa a los fines del presente capítulo es que, más allá de que la fobia y el fetichismo establezcan por diferentes rodeos su relación con la angustia de castración, en ambos casos “el objeto tiene cierta función de complemento con respecto a algo que se presenta como un agujero, incluso como un abismo en la realidad” (p. 23).

A modo de ejemplo, se tomará de la literatura el caso Juanito, historial clínico presentado por Freud en *Análisis de la fobia de un niño de 5 años* (1909). Se intentará articularlo con lo expuesto anteriormente, explicitando el pasaje de Juanito por el complejo de castración y cómo las fallas en este contribuyeron a la creación de la fobia.

En primer lugar, considero pertinente hacer una breve mención sobre la conceptualización de Lacan respecto a la angustia ya que, como se verá, está en estrecha relación con el complejo de castración.

A partir del aforismo “la angustia no es sin objeto” (Lacan, 1962-1963/2006), puede entenderse que cuando el sujeto (\$) se constituye, lo cual se da en el campo del Otro, siempre queda un resto donde aparece lo que Lacan da en denominar objeto *a*. Este objeto es testimonio de la diferenciación del sujeto respecto del Otro y, por lo tanto, también lo convierte en deseante. Por esta razón define a la angustia como un punto intermedio entre el deseo y el goce, ya que es una vez librada la angustia que

tendrá lugar el deseo. Es decir, cuando la angustia surge está alertando sobre la posibilidad de volver a quedar ubicado como objeto de goce.

En este sentido, para Lacan (1962-1963/2006) la angustia surge cuando no se da lugar a la falta y ello, como se verá a continuación, está en significativa relación con la castración. En palabras de Lacan (1962-1963/2006), “Lo que provoca la angustia es lo que nos anuncia, nos permite entrever, que volvemos al regazo” (p. 64), es decir que lo que más angustia al niño se da cuando la relación en la cual él se constituye se ve perturbada, esa relación donde la falta es la que contribuye al deseo, relación donde en ocasiones no se da lugar a la falta porque la madre está sobre el niño constantemente.

A continuación, se intentará articular lo expuesto con el caso clínico.

Se trata de un niño de 5 años que presenta fobia a los caballos que, en un principio, no se sabía a qué se debía. Fue paseando con su niñera cuando le sobrevino el primer ataque de angustia, pidiendo que lo llevara de nuevo a su casa para hacer cumplidos con su madre. No obstante, al otro día fue a pasear con su madre y también se angustió, impidiendo la continuación del paseo. En ese momento, expresa su miedo a que un caballo lo muerda.

En este punto, es importante mencionar que Juanito, con 3½ años, se encontraba muy inquieto respecto a su pene, nombrado por él como su hace-pipí, tendía a tocárselo y cuando su madre lo vio lo amenazó con que llamaría al doctor para que se lo corte si se lo seguía tocando. En esta edad, también se da otro acontecimiento importante que es el nacimiento de su hermana, con lo cual discrepa ya que no puede estar a solas con su madre.

Por otro lado, a lo largo del historial se hace mención a ciertos sueños y fantasías que dan cuenta de su pasaje por el Edipo y de cómo las fallas en la castración llevaron a la formación de la fobia. En uno de sus sueños pensó que su madre estaba lejos y él no tenía con quien hacer cumplidos. El contenido de algunas de las fantasías estaba dirigido, por ejemplo, a su miedo de que el padre se vaya y no vuelva a la casa. En una ocasión, le pega a su padre y enseguida lo besa en donde le pegó. Desde esta perspectiva, el conflicto que presenta Juanito es, según Freud (1909/1992), doble: “angustia ante el padre y angustia por el padre. La primera proviene de la hostilidad hacia el padre, la segunda, del conflicto entre la ternura, exagerada aquí por vía de reacción, y la hostilidad” (p. 39).

Ahora bien, lo que interesa destacar es que el hecho de querer estar a solas con su madre, la molestia que genera su hermana dado que interrumpe ese estar a solas y la hostilidad expresada hacia su padre, implican para Juanito el peligro de la castración, surgiendo así la angustia.

En la relectura que realiza Lacan sobre el caso, y teniendo en cuenta los aportes mencionados anteriormente respecto a la conceptualización de la angustia, definida esta como consecuencia de que falte la falta, es menester tener en cuenta que entre Juanito y su madre había un vínculo muy fuerte, hasta el punto de llevarlo al baño con ella y acostarlo en su cama en ausencia del padre, aunque éste se opusiera. El padre “está fuera de juego en la situación, pues diga lo que diga él, las cosas siguen su curso decididamente, mientras la madre en cuestión no tiene en cuenta lo más mínimo las observaciones respetuosas sugeridas por el personaje del padre” (Lacan, 1956-1957/1994, p. 224). Es decir, se encontraban en una relación de a dos donde el padre quedaba por fuera. Entonces, si el padre no cuenta, ¿en qué lugar queda Juanito?

En un principio, el vínculo que mantenían Juanito y su madre no era angustiante para aquel ya que Juanito estaba ubicado en el lugar de la falta como objeto de deseo de su madre, relación que Lacan (1956-1957/1994) da en denominar “juego imaginario del señuelo”. Ahora bien, dicha relación se ve interrumpida con la aparición de la experiencia de excitación y de tumescencia como lo nuevo e imposible de simbolizar (así como con el nacimiento de su hermana), y precisamente en ese momento es necesaria la intervención del padre. En este punto, Lacan (1956-1957/1994) se refiere al padre de Juanito diciendo que

Es un buen tipo, lo mejor que pueda haber como padre real, y en verdad le inspira a Juanito los mejores sentimientos - él quiere mucho a su padre y está muy lejos de temer de él un tratamiento tan abusivo como el de la castración (p. 223).

Sucede que cuando el padre debía intervenir no lo hace y Juanito no recibe de él la castración. Por esta razón se crea la fobia, que viene a ocupar el lugar de la función paterna en el sentido de suplir la función de la castración que aquel no está pudiendo ejercer. Incluso, Juanito en ocasiones le señala al padre “*Tienes que enfadarte, has de estar celoso*” (p. 263).

En este punto, cabe preguntarse respecto a la función de la virilización en Juanito, ya que para que la misma se asuma es necesario que se ponga en juego la castración. En palabras de Lacan (1956-1957/1994), “Sólo el juego jugado con el

padre, el juego de *gana el que pierde*, por así decirlo, le permite al niño conquistar la vía por la que se registra en él la primera inscripción de la ley” (p. 211). Al respecto, Lacan (1956-1957/1994) hace referencia a la “madurez precoz” (p. 338) de Juanito por la forma de relacionarse con las niñas, caracterizada como una relación no adulta pero sí avanzada. No obstante, en el transcurso de la observación, la relación que Juanito establece con esas niñas da la impresión de que fueran como sus hijas. Entonces, si bien Juanito será heterosexual, en sus lazos con las mujeres ocupará un lugar más bien pasivo, les temerá, como si ellas fueran sus dueñas, “Serán las hijas de su mente y, como verán, arrebatadas a la madre” (p. 339).

Para finalizar, cabe preguntarse por el estatuto del objeto, es decir, ¿por qué fobia a los caballos?, ya que cuando comienza el miedo, a saber, paseando con la niñera, no estaba en presencia de ningún caballo. Lacan (1956-1957/1994) cuando relee el caso refiere que se trata de una condensación, es decir, de una unión de muchos elementos, siendo esa la estructura del objeto de deseo. Es decir, si bien hay una dimensión escópica también hay una dimensión fálica, oral, anal y acústica. En este sentido, el caballo no es la equivalencia de un único elemento sino que en diferentes momentos de la fobia varían los elementos a los que el caballo representa, incluso pudiendo representar a varios de ellos al mismo tiempo.

Por ejemplo, uno de los episodios que, según Juanito, conllevó a “pillar la tontería”, fue cuando paseando con su madre (y con ninguna otra persona) vio que un caballo que iba en un ómnibus se cayó. Desde ese momento, pensó que a todos los caballos de ómnibus les pasaría lo mismo, se caerían. Al respecto, Lacan (1956-1957/1994) plantea que “Si el caballo tiene aquí la propiedad de representar la caída que amenaza a Juanito, por otra parte está el peligro expresado mediante la mordedura del caballo” (p. 329). Este miedo a que el caballo lo muerda empieza a manifestarse cuando, por la presencia de su pene real, ya no puede satisfacer a su madre corriendo el riesgo de que la madre, insatisfecha y privada, lo pueda morder, es decir, teme acabar siendo engullido por aquella.

Por otro lado, algo que también se repetía era la observación por parte de Juanito de los caballos enganchados a un coche. En este punto, se hace hincapié en la satisfacción que obtenía observando esos coches que se cargaban y descargaban, poniendo de manifiesto su relación con el embarazo de su madre.

En este punto, también considero interesante mencionar la referencia que hace Lacan (1956-1957/1994) a dos fantasmas que se superponen. En el primero, el fantasma de la bañera, Juanito se encuentra en la bañera y entra el cerrajero, quien

primero destornilla la bañera y luego perfora su vientre. En el segundo, el fontanero, con una tenaza destornilla su trasero para poner otro. Ahora bien, lo que Lacan (1956-1957/1994) destaca en este punto es el término “tenazas”, diciendo que a los dientes y a las pezuñas de los caballos antiguamente se les llamaba “pinzas”, dientes que pueden morder a Juanito y pezuñas con las que el caballo hace ruido.

Si bien son muchas las situaciones en las que el caballo aparece representando a diferentes elementos, lo que se intentó demostrar a través de estos breves ejemplos es que el objeto fóbigeno se va construyendo a partir de determinadas experiencias y sus respectivas asociaciones. Como ya se mencionó, a esto se refiere Lacan (1956-1957/1994) cuando plantea que la estructura del objeto de deseo consiste en una condensación, en una unión de muchos elementos. Citando a Freud, expresa que

Aquí experimentamos lo difusa que es en realidad esta fobia. Se refiere al caballo, pero también al coche, así como al hecho de que los caballos se caigan, o que muerdan, caballos de determinada naturaleza, coches cargados o descargados (...) Digamos sencillamente que todas estas particularidades dan en la clave, porque la angustia no tiene absolutamente nada que ver con los caballos, sino que secundariamente se ha trasladado a ellos (p. 305).

En este sentido, puede entenderse que una dimensión es el objeto mismo de deseo y otra dimensión es la causa del deseo. Por ejemplo, en relación al objeto fóbigeno, en el caso de Juanito se trata de la fobia a los caballos, pero ¿qué estatuto tiene el caballo? De lo que se trata es de cómo se va construyendo ese objeto fóbigeno, entendiendo al objeto de deseo como fase de un efecto pulsional. El objeto de deseo no es aprehensible por los sentidos sino un objeto de pulsión, es decir, tejido en relación al sujeto (en sus dimensiones escópica, fálica, oral, anal y acústica). En palabras de Lacan (1962-1963/2006), “el objeto está detrás del deseo (...) el objeto es, en su función esencial, algo que se escapa en el plano de nuestra aprehensión” (p. 114-115).

En el caso del fetichista, por ejemplo, ¿por qué hay un fetiche como sustituto? Lo que habría que preguntarse es por qué se excita con determinado objeto, cuál es la historia de ese objeto. Entonces, más allá de lo patológico, es necesario ubicar la dimensión de que el objeto de deseo no es únicamente el objeto en sí mismo sino el hecho de que ese objeto es un objeto pulsional.

Retornando al caso de Juanito, a lo largo del historial se puede observar que el caballo representa diversos sucesos así como también representa a diversas

personas, ya sea su madre, su padre o él mismo. A lo largo del historial también es visible que lo que aqueja a Juanito es la desmentida de su desarrollo pulsional, por ejemplo cuando su madre le dice que ella también tiene un hace-pipí, que si bien es cierto no es lo que Juanito le estaba preguntando, ya que se refería a un hace-pipí como el de los caballos y como el suyo. Otra desmentida de su madre se da cuando no le da un lugar al padre, al cual le atribuía que lo que decía eran tonterías. Entonces, se generaba una situación en donde la madre se le iba encima a Juanito y Juanito se le iba encima a la madre, lo que tenía un costo: la angustia, que según Lacan (1962-1963/2006) surge cuando falta la falta, de allí su relación con la castración. Lo más intolerable para Juanito era no saber qué lugar ocupaba respecto al Otro. En este sentido, la angustia

(...) surge en cada ocasión cuando el sujeto se encuentra, aunque sea de forma insensible, despegado de su existencia, cuando se ve a sí mismo a punto de quedar capturado de nuevo en algo que, según los casos, llamaremos la imagen del otro, tentación, etc. En resumen, la angustia es correlativa del momento de suspensión del sujeto, en un tiempo en el que ya no sabe dónde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca podrá reconocerse (Lacan, 1956-1957/1994, p. 228).

Capítulo 4. Narcisismo

Dado que en el capítulo anterior el énfasis estuvo puesto en la relación al otro como objeto de deseo, considero pertinente comenzar haciendo referencia al otro como lo es, por ejemplo, un amigo o una relación laboral, donde el deseo se mueve en un nivel sublimado.

Para dicho fin, se tomarán a punto de partida los postulados de Lacan respecto al estadio del espejo, ya que es justamente el punto donde explica con otra profundidad el narcisismo primario y cómo la salida del estadio del espejo prepara al sujeto para el siguiente momento, a saber, la socialización.

Refiriéndose a un suceso que puede acontecer desde los seis a los dieciocho meses de edad, Lacan (1949/1995) explica que “la cría de hombre (...) reconoce ya sin embargo su imagen en el espejo como tal” (p. 86). Ante este suceso, el niño responde lúdicamente y establece una relación entre la imagen y su entorno, es decir, su cuerpo y las personas y objetos que lo rodean. No obstante, esta situación contrasta con el hecho de que su dominio motriz no está totalmente desarrollado,

(...) nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el *yo [je]* se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto (p. 87).

Esta forma se le presenta al sujeto como una *Gestalt*, dado que anticipa al cuerpo como unidad frente a la dificultad motriz que por otro lado presenta. En este sentido, cuando Lacan (1949/1995) habla de cuerpo no se refiere al organismo sino al cuerpo como una *Gestalt*.

Ahora bien, como plantean Piro y Basualdo (2007), “El esquema óptico de Lacan (...) obedece a la necesidad estructural de introducir, formal y sistemáticamente en el dispositivo especular, la activa operatividad de lo simbólico” (p. 224), es decir, la palabra, el lenguaje. Esta introducción de lo simbólico emerge cuando el niño, frente al espejo, se vuelve a mirar al Otro con el fin de apelar a su asentimiento, asentimiento que “confirma el hecho de que el proceso sólo se consuma pasando por la mediación de la mirada del Otro” (p. 224). De este modo, se puede advertir el papel decisivo que ocupa el Otro, ya que el cuerpo sale de una pura identificación especular pasando también a una identificación simbólica, “sancionado por la intervención del Ideal del yo que permite la inscripción del rasgo unario como elemento de la identificación” (p. 224).

En este punto, las autoras hacen referencia al Seminario de *La Angustia* de Lacan dado que reformula el esquema especular anteriormente mencionado. Dicha reformulación consiste en el hecho de que el espejo no refleja todo lo que se expone ante él, siendo lo faltante el *objeto a*, de modo que “no todo lo que es investimento libidinal narcisista del sujeto es trasvasado, transferido al objeto en tanto imagen (...) Lo que no pasa, quedará a nivel del cuerpo propio como reserva operatoria, dejando un blanco del lado de la imagen especular” (2007, p. 224). De esta forma, plantean que Lacan redefine la noción de cuerpo considerándolo en sus partes y no ya como totalidad, y en esto consiste justamente el estadio del espejo. Es decir, el cuerpo y sus agujeros quedan sujetos a disposición simbólica con el otro, de modo que los orificios corporales pasan a ser agujeros, zonas erógenas. Esos agujeros pasan a estar libidinizados por la pulsión, que como se intentó explicitar no se trata de un automatismo biológico sino que está en estrecha relación con el lenguaje. “El cuerpo, así conceptualizado, es el cuerpo en sus partes, cuerpo de las zonas erógenas, zonas de borde cuya presentación hace conmover su unidad en tanto que ignora el límite” (Piro y Basualdo, 2007, p. 224), de modo que el yo pasa a constituirse en objeto erótico y lo más erotizado pasan a ser los bordes, que en principio solo pueden ser atravesados por lo simbólico. La piel, como borde, está encubriendo el agujero erótico que marca la presencia del Otro, agujero que hace el Otro en tanto relación de objeto. En este sentido, “Este resto no integrable a la maquinaria del espejo introduce una diferencia que impide que el sujeto quede atrapado en la imagen en su totalidad o se agote en ella” (Piro y Basualdo, 2007, p. 224).

En palabras de Lacan (1949/1995), “Este momento en que termina el estadio del espejo inaugura, por la identificación con la imago del semejante y el drama de los celos primordiales (...) la dialéctica que desde entonces liga al yo [je] con situaciones socialmente elaboradas” (p. 91). Es un primer tiempo donde la relación con el otro es de rivalidad, y es justamente la función del ideal del yo la que conlleva a la socialización ya que permite pasar de esa relación de rivalidad a otra donde predomine la cooperación con el otro, sea por ejemplo en una relación de amistad o laboral, una relación que implique al otro ya no solo como rival.

Entonces, el estadio del espejo es una incitación al otro pero es también un tiempo donde el bebé pasa a ser autónomo, a diferenciarse. Como se mencionó anteriormente, el niño responde lúdicamente, es decir, está saludando a un otro en un tiempo en el que todavía no se da cuenta de que es él, es otro que reconoce a través de la implicación del Otro que lo ve cuando el niño se vuelve buscando el asentimiento. Más tarde, en la salida del estadio del espejo, reconoce que es él, se va

diferenciando, y en ese momento es importante tener en cuenta al Otro ya que así como da consistencia también puede resultar amenazante.

Ahora bien, para tener en cuenta la dimensión de cómo el ideal del yo conlleva a la socialización, es pertinente hacer hincapié en el narcisismo secundario, dado que precisamente está mediado por la función del ideal del yo.

En el narcisismo primario sucede que no hay un ideal con el cual el sujeto se compare, pero más tarde

(...) el niño va siendo sometido a las exigencias del mundo que lo rodea, exigencias que se traducen simbólicamente a través del lenguaje. Su madre le habla, pero también se dirige a otros. El niño comprende entonces que ella también desea fuera de él y que él no es todo para ella; ésta es la herida infligida al narcisismo primario del niño (Nasio, 1996, p. 67).

A partir de ahí, reconoce su incompletud y se erige el ideal del yo (conformado por exigencias culturales, sociales, éticas, difundidas por los padres) el cual debe satisfacer con el fin de recuperar el amor del otro. Entonces, según Freud (1914/1953), lo que irrumpe en el narcisismo primario del niño es el complejo de castración.

Freud (1914/1953) también plantea que “La observación del adulto normal muestra amortiguado el delirio de grandeza que una vez tuvo, y borrados los caracteres psíquicos desde los cuales hemos discernido su narcisismo infantil” (p. 90). En este punto considero de importancia atender cómo vive el niño el proceso de socialización, ya que puede tener ciertas dificultades que, a medida que crece, van aumentando si no se les da lugar. El niño, que luego será adulto, podría llegar a quedar en una posición de desmentida, narcisista, donde el otro no le hace falta sino que lo acepta como algo inevitable.

Desde otra perspectiva, ante la pregunta por cómo entra el otro en la función del ideal del yo, Lacan en *El mito individual del neurótico* (1953) lo propone como el mito cuaternario, conformado por la madre, el padre, el yo y el otro. A modo de ejemplo, utiliza el caso del Hombre de las Ratas, historial clínico presentado por Freud en *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909). A continuación, se intentará articularlo con lo expuesto anteriormente.

Se trata de un joven que presenta neurosis obsesiva. En cuanto a su relacionamiento con los otros, este joven solía imponerse ser el buen amigo, así como destacarse en el ejército. Es en el transcurso del análisis que aflora la determinante que contribuía a ese tipo de relacionamiento, a saber: pagar la deuda del padre.

Resulta que el padre, en un juego, perdió dinero que disponía por ser suboficial y un amigo lo salvó al prestarle dinero, amigo al que el padre nunca encontró -o no buscó- para hacer la devolución de dicho monto. De esta forma, quedó facilitada la dimensión de buscar al otro para reparar esa deuda, lo cual lo deja en un lugar aparentemente favorable pero que, en realidad, tiene sus consecuencias.

En la socialización es necesario que haya cierta reciprocidad, un ida y vuelta, que ambas partes se reconozcan entre sí. Si el sujeto sólo se ubica en una posición de, por ejemplo, buscar el amor del otro, queda expuesto, como sucede en el caso del Hombre de las Ratas: está continuamente pagando la deuda del padre. Cuando se trata de hacer su propia vida, como por ejemplo continuar sus estudios, no lo consigue. A lo largo del análisis se llega a vislumbrar que por un lado quiere ser como el padre y por el otro no, el punto es que si es como el padre tiene que amar a una mujer como lo hizo el padre, es decir, por interés. El problema de este joven es que en vez de rivalizar con el padre, ama al padre, de modo que no hace otra cosa que reparar la deuda de aquel como acto de amor. Pero ese amor lo conduce al otro amor, el amor a la mujer, que lo llevaría a contraer matrimonio por interés. Entonces, la disputa se juega entre amar a una mujer o casarse con su prima por conveniencia. A su vez la madre, agente de la ley del padre, solía decirle que cuando finalice los estudios debía casarse con su prima y él, ante esto, no podía decir que no, tanto por amor a la madre como por amor al padre.

En este punto, es importante mencionar que a la interna de la familia había un chiste mítico, a saber, que antes de que sus padres contrajeran matrimonio el padre tenía una novia pobre pero linda, a la cual dejó para casarse con la novia rica (su madre). De esa situación se hizo un chiste que se repetía, de modo que transmitían la historia.

En el caso de este joven, es interesante la solución que toma en la relación deseante. En lo que respecta a la exogamia, es decir, a cómo se hace su camino en el mundo, quedó contrariado. En este punto, cabe mencionar que su delirio neurótico comienza cuando una chica le pagó el reembolso de un par de anteojos que el joven solicitó. Ante esto, el oficial le dijo que pague el reembolso a uno de los tenientes, a partir de lo cual se generó un deber que consistía en reembolsar dicha suma de determinada manera. En fin, lo que él no podía reconocer y recordar era que fue la chica del correo quien le pagó, y que era una chica que se le estaba insinuando. Ahora bien, cuando en cierta manera se da cuenta de ello, no puede asumirlo.

Lo que se intentó explicitar a través del caso, es que

Esta constelación mítica cuaternaria (la madre, el padre, el hijo y el narcisismo desdoblado en el yo y el otro), tienen su prueba de fuego a nivel del deseo exogámico en la relación de objeto, cuya construcción es el alma misma del deseo (...) Relación con el objeto de deseo donde los neuróticos desfallecen enredados en las trampas edípicas de su novela familiar (Carrasco, 2017, p. 93).

Para concluir el presente capítulo, y en estrecha relación con el caso clínico recientemente expuesto, considero apropiado mencionar lo que postula Flesler (2007) respecto a la autoridad del padre, diciendo que

(...) cada nominación provee elementos para enlazar los goces y entramarlos en la orientación deseante, que, por esta vía se encaminará hacia la salida exogámica, conllevando en este trámite el desasimiento de la autoridad de los padres, sólo si la autoridad funcionó. De lo contrario, si falla la función, el sujeto en lugar de desasirse se deshace (p. 63).

SEGUNDA PARTE

Los padres y la consulta

Capítulo 5. El momento de consultar

La llegada de los padres y su hijo al consultorio sugiere que necesitan ayuda.

El psicoanalista es aquel a quien uno se dirige después de los fracasos, de los sinsabores, de las ilusiones perdidas, aquel en quien uno quiere confiar pero al que también se desea utilizar para atizar querellas personales. Antes que nada es el tercero en cuestión y se desea que tome partido (Mannoni, 1979, p. 41).

Como propone Flesler (2007), “Un niño llega al consultorio de un analista por las resonancias que genera en un adulto” (p. 17). Por lo tanto, es necesario tener en cuenta qué suscita el niño en el adulto que consulta, tratándose mayormente de padres que consultan por su hijo.

No obstante, como se verá también hay casos en donde los padres se dirigen al analista porque un tercero se los sugirió. Y, en otros casos, porque un tercero se los impuso.

Ahora bien, es sumamente importante tener en cuenta cómo los padres toman la decisión de consultar a un analista, ya que “la manera en que los padres llegan a la consulta incidirá en las posibilidades de construir un proyecto de trabajo en conjunto con ellos” (Bruno, 2015, p. 85)

Cuando son los padres quienes toman la decisión de consultar “es porque alguna pregunta los trae y buscan saber. El síntoma del hijo ha despertado una inquietud por desentrañar el enigma” (Flesler, 2007, p.143).

No obstante, es importante tener en cuenta que, en reiteradas ocasiones, sucede que son los padres quienes toman la decisión de recurrir a un analista pero sin consultar. Son padres que no se plantean interrogantes sino que únicamente demandan una ajustación del niño a lo que ellos esperan de él, dado que “El niño ha herido la imagen del narcisismo paterno, o bien molesta por su falta de ajuste a lo esperado de él” (Flesler, 2007, p. 143).

En este punto, Janin (2013) plantea que se pone en juego la historia infantil de los padres, el narcisismo herido. Por esta razón es necesario escuchar a los padres, atender a sus fantasías en relación al hijo, ya que cada uno de los padres construye su

propia historia respecto de aquel, de forma que el niño tiene una historia que lo precede.

Entonces, sugiere que

Una cuestión importante es ver cómo se presentan los padres, si pueden o no percibir el sufrimiento del hijo, si llegan angustiados o enojados, si el acento está puesto en lo que el niño siente o en el efecto que su accionar provoca en los otros (p. 23).

En la mayoría de los casos sucede que los padres se encuentran angustiados, y en este punto es importante tener en cuenta que, como se intentó exponer en la primera parte del presente trabajo, son los padres los que erotizan al niño en un primer momento, es decir, son los que le brindan cariño y cuidados pero también los que lo frustran y prohíben.

En los tipos de consulta donde la decisión es tomada por los padres, Janin (2013) concluye que “Parte del recorrido ya está hecho. Podremos ir enlazando los avatares del niño con los de ellos, con su historia, con sus miedos e incertidumbres. En los padres aparecerá angustia, pero también esperanza” (p. 29). De este modo, los padres reconocen el sufrimiento de su hijo y, a su vez, las aptitudes con que cuenta.

En consonancia, Jaglin (2014) plantea que “el sujeto que consulta parte de una incertidumbre o angustia en relación a un destino que le es opaco” (p. 94). Es decir, hay un enigma que genera angustia y que se intentará desentrañar. En este sentido, el sufrimiento “apunta a la importancia de descubrir el dolor y querer saber acerca del mismo; hacerse cargo antes que expulsarlo” (Costas Antola, 2009, párr. 18).

También es necesario tener en cuenta que en reiteradas ocasiones, si bien son los padres los que toman la decisión de consultar, lo hacen porque no les queda otra opción. Según Blinder, Knobel y Siquier (2008), “Este miedo a consultar está muy relacionado con la herida narcisista que representa el reconocer que algo no funciona bien en el hijo” (p. 36). A su vez, temen ser culpados por el analista, a quien le atribuyen un saber respecto a las funciones parentales. En este punto, es importante que el analista sea cuidadoso a la hora de abordar las funciones que desempeñan como padres ya que en el fondo lo que está en juego es la historia personal de cada uno, y el hecho de consultar “puede ser vivido por los padres como un fracaso de su relación con el niño y les genera con mucha frecuencia sensaciones de impotencia, de inseguridad y de rabia y sentimientos de culpa” (Gómez Arango, 2006, p. 107).

En fin, lo que interesa destacar es que

Cuando la consulta es pedida directamente por los padres es un indicador que sufren y que ellos se dan cuenta de la dificultad de su niño. Implica una primera ruptura de la homeostasis familiar en las regulaciones y conlleva la inevitable comparación entre el niño ideal y el niño real, que padece algo (Blinder, Knobel y Siquier, 2008, p. 41).

Ahora bien, no siempre son los padres los que deciden consultar, ya que muchas veces lo hacen porque un tercero se los sugirió. En estos casos, no hay demanda de parte de los padres y estos se muestran molestos, ya que no consultan por su propia decisión sino por la decisión de un tercero que “suele ser aquel que ha registrado la persistencia de algún goce parasitario que, sin duda, no causa malestar en los padres” (Flesler, 2007, p. 143). Ante este tipo de situaciones, los padres no entienden por qué tienen que consultar, difieren de la perspectiva del analista y de aquel que los derivó, “Son los padres que consultan desmotivados, por obligación, en una actitud pasiva o desconfiada (...) Vienen por acatamiento al principio de autoridad de dos instituciones con gran peso autoritario: la escuela o el hospital” (Blinder, Knobel y Siquier, 2008, p. 40).

Según Jaglin (2014), estos padres muchas veces quedan ubicados en la posición de intermediarios en la consulta,

(...) es así que es habitual escuchar “lo manda el colegio”; o “la maestra dijo que necesita un psicólogo”, o “el neurólogo dice que necesita una reeducación” o cualquier otra frase por el estilo, estos padres nos traen un niño que no ha hecho síntoma en ellos (p. 28).

A su vez, Janin (2005) plantea que estos padres que desmienten las dificultades de su hijo y las ubican en aquellos que les sugieren la derivación, en ocasiones se presentan enojados y presuponen que entre el analista y los derivantes hay algún tipo de alianza. “Sin embargo, la desmentida (...) es una defensa frente al registro de lo intolerable, lo que hace pensar que hay una percepción de la dificultad, pero frente a la misma, aparece otra aseveración” (p. 19).

En este punto, cabe mencionar que hay casos donde no se sugiere la consulta sino que se la impone “como algo obligatorio, donde se expresa algún tipo de presión para que se concrete la asistencia al niño” (Bruno, 2015, p. 95), por ejemplo advirtiéndole que de no hacerlo habrán ciertas consecuencias. Por el mismo camino, Jaglin (2014) explica que algo característico de nuestro tiempo “es que el espacio del análisis se vea demandado, a veces imperativamente, por parte de la institución educativa, presión ejercida también y fundamentalmente sobre los padres por el lado de los resultados” (p. 78), solicitando una mejoría del niño dado que perturba el

funcionamiento adecuado del grupo. Por esta razón muchas veces los padres son meros intermediarios en la consulta.

En este sentido, es oportuno preguntarse cómo proceder en estos casos, dado que no hay una implicación de los padres en el padecimiento de su hijo. Para responder a esta pregunta, Favre (2005) hace hincapié en el deseo del analista, entendiendo por éste la capacidad del analista de escuchar contribuyendo al pasaje de la consulta a la demanda. De esta forma, “La “orden” se transformará entonces en un deseo de saber acerca del malestar que los ha traído a la consulta” (Costas Antola, 2009, párr. 7).

Dependiendo de cómo lleguen los padres al consultorio del analista, serán las expectativas que presenten en relación al análisis, como se verá a continuación.

Capítulo 6. Las expectativas en relación al análisis

Como plantea Bruno (2015),

La necesidad de ahondar en las expectativas de los padres para comenzar un proceso de trabajo con ellos (...) y tener claro la presentación transferencial de los mismos, implica trasponer lo manifiesto del pedido de ayuda para entender qué función se espera que ejerza el terapeuta (p. 106).

Las expectativas de los padres en relación al análisis varían dependiendo de cómo hayan llegado al consultorio del analista, pudiendo esperar que ese espacio sea un espacio para el hijo, para ellos, para modificar los síntomas o para reparar algo que los molesta.

Cuando son los padres quienes toman la decisión de consultar, sucede que “El síntoma del hijo ha despertado una inquietud por desentrañar el enigma” (Flesler, 2007, p. 143). Se trata de padres que perciben en su hijo cierta dificultad y se plantean preguntas en torno a esta, de modo que buscan un saber al respecto.

En este punto, Janin (2013) ejemplifica este tipo de consultas diciendo que hay padres que se refieren a su hijo de la siguiente manera: “Es un sol, pero no puede dejar de hacerse pis de noche, y sufre mucho por eso”. O: “Es inteligente y simpático, pero queda paralizado por algunos miedos que no podemos entender” (p. 29). En dichos discursos, se puede ver que los padres no pasan desapercibido el sufrimiento del niño e incluso se cuestionan al respecto. Como plantea la autora, que los padres estén ubicados en esta posición es favorable para el análisis del niño, ya que más allá de la angustia que presentan están dispuestos a interrogarse depositando cierta confianza en el análisis.

No obstante, no todas las expectativas siguen el curso esperado sino que muchas de ellas consisten en esperar del análisis recetas que logren modificar los síntomas o reparar algo que los molesta del niño, en el menor lapso de tiempo posible. Según Flesler (2007), estos padres no consultan sino que demandan una adaptación del niño a lo que ellos esperan de él. Citando a Freud (1920), plantea que

Ellos esperan «que se cure a su hijo, que es neurótico e indócil. Por hijo sano entienden ellos uno que no ocasione dificultades a sus padres y no les provoque sino contento. El médico puede lograr, sí, el restablecimiento del hijo, pero tras la curación él emprende su propio camino más decididamente, y los padres quedan más insatisfechos que antes» (p. 143).

Para Dinerstein (1987), se trata de padres que si bien perciben el sufrimiento del niño no están preparados para sostener el tratamiento, de modo que “acuden a la consulta exigiendo soluciones rápidas, tipo receta, que acallen el síntoma, en lugar del proceso de interrogación a la subjetividad que supone todo trabajo verdaderamente analítico” (p. 109).

A modo de ejemplo, en este tipo de consultas los padres se presentan diciendo frases del orden de: “Es un desastre. No sabemos a quién salió así. No lo aguantamos más” (Janin, 2013, p. 26). La autora refiere que en estas situaciones es especialmente necesario escuchar a los padres, debido a la herida narcisista que expresan. De lo contrario, no sería posible trabajar con el niño ya que los padres no pueden desviarse de sí y ver al niño como alguien que sufre. Por lo tanto, en un primer tiempo es imprescindible escucharlos y sostenerlos, de forma que puedan empezar a dar un lugar a su hijo.

Desde otra perspectiva, Jaglin (2014) hace hincapié en el mundo actual, donde no se suele escuchar y donde la atención está puesta en más de una cosa a la vez. Y, precisamente, lo que se valora del niño es su capacidad de atención y de ser tranquilo, lo cual contrasta con las características del contexto actual. De este modo, “las dificultades de los niños parecen no interrogar, no importan los porqués sino la solución rápida y efectiva por el sesgo de la adaptación” (p. 15). No hay enigmas, no hay interrogantes, se trata únicamente de algo que molesta y que, por lo tanto, debe ser suprimido rápidamente.

Ahora bien, “Si el analista cree poseer ese remedio, obtura la posibilidad de reconocer la diferencia entre la demanda articulada en el enunciado de lo que de su deseo se articula en ella” (Flesler y Goldemberg de Barca, 1984, párr. 43). Según las autoras, es de suma importancia que el analista no ocupe el lugar de ideal tanto para el paciente como para los padres, lugar en el que quedaría ubicado si respondiese a la demanda de los padres de una pronta receta para aliviar el síntoma que, como se dijo, los hiere narcisísticamente.

Por otro lado, la situación es más compleja cuando los padres llegan al consultorio enviados por un tercero, ya que no hay demanda por parte de aquellos. “Ellos jamás se hubieran acercado a un analista y, si lo hacen, es porque alguna instancia los ha dirigido allí” (Flesler, 2007, p. 143). Es decir, son otros quienes perciben cierto malestar. Janin (2013) refiere que estos padres utilizan expresiones del tipo: “Él no tiene problemas. La culpa la tiene la maestra, que no tiene paciencia.” “La dificultad es de los otros chicos. Mi hijo es diferente pero es el mejor” (p. 28). De esta

forma, desmienten las dificultades de su hijo y las ubican en aquellos que les sugieren la derivación y, en ocasiones, presuponen que entre el analista y los derivantes hay algún tipo de alianza.

Desde otra perspectiva, que la decisión de consultar sea resultado de una sugerencia o imposición de un tercero puede reforzar la postura mencionada anteriormente, donde se reclaman soluciones rápidas. Como ya se explicó, cuando los padres llegan al consultorio enviados por un tercero, es porque el síntoma del niño hizo ruido en el ámbito público, por lo tanto se pueden demandar soluciones rápidas para adaptar al niño a su ambiente y responder al pedido de ese tercero, por ejemplo la escuela. Como plantea Jaglin (2014), “Esta supresión del problema es “en bien de todos”: de la institución que no resulta cuestionada, de la estructura familiar, evitando culpas y angustias y, finalmente, del niño que debe ser devuelto al camino correcto” (p. 27). Por esta razón, cuando el síntoma del niño persiste, los padres comienzan a consultar a diversos profesionales con el fin de hallar una solución rápida que acalle el síntoma. En palabras de Nevares (2001), “En esta lógica el niño es visto como un organismo pasivo al cual hay que arreglar” (p. 2).

En este punto, considero pertinente mencionar que en reiteradas ocasiones este pedido de acallar el síntoma conlleva a la medicalización del niño, ya que

La medicación desresponsabiliza, nadie tiene la culpa de lo que le pasa al nene, ni padres, ni la institución educativa, ni las circunstancias... se cierran todas las puertas que podría abrir el cuestionarse por el niño y el malestar que éste pone de manifiesto con su síntoma (Jaglin, 2014, p. 65).

Es decir, se silencia la angustia y sus expresiones en el entorno, de modo que también se acalla el síntoma y su correspondiente denuncia.

Cuando esto sucede, Nevares (2001) hace hincapié en la importancia de las entrevistas iniciales con los padres, ya que

(...) permiten escuchar la demanda que ellos plantean, más allá de lo que la escuela o los expertos le han dicho. La escucha analítica permite que esa demanda se transforme en algo más que la demanda de un arreglo, de un intento de componer lo descompuesto en el niño (p. 2).

En este sentido, señala la importancia de destinar un tiempo previo al análisis para trabajar con la demanda que manifiestan los padres con el fin de que se pueda producir un espacio en el cual el niño sea escuchado, evitando de esta forma que dicho espacio se convierta en un intento de dar recetas para acallar el síntoma y la

angustia. En el mismo orden de ideas, Bruno (2015) refiere que “responder satisfaciendo esa solicitud atentaría con la apertura a la reflexión que se requiere de los padres” (p. 118).

Por último, cabe mencionar que en ocasiones los padres esperan del análisis un espacio para ellos mismos. Al respecto, Dinerstein (1987) plantea que

Dada la posición privilegiada que un hijo suele ocupar en el equilibrio libidinal de un sujeto son frecuentes los casos en que, so pretexto de un síntoma ubicado en el niño, uno de los padres, o los dos, encuentran la única manera de pedir ayuda para ellos mismos (p. 108-109).

En estos casos, Favre (2005) alerta al analista de abstenerse de realizar una pronta derivación de los padres a otro profesional. Sin olvidar que el paciente es el niño, es necesario escuchar a los padres, porque se trata de un niño que ocupa determinado lugar en el inconsciente de sus padres.

Desde otra perspectiva, los padres muchas veces suelen ocupar ese espacio que, en principio, estaría destinado para el niño, depositando “Expectativas que remiten específicamente no al accionar del psicólogo sobre el hijo sino sobre ellos como padres” (Bruno, 2015, p. 113). Es decir, solicitan consejos, orientaciones, sobre cómo ser padres.

Janin (2013) hace especial énfasis en este punto, señala la importancia de evitar dar respuestas inmediatas frente al pedido de los padres, de evitar dar consejos. Plantea que

Nadie puede vincularse con otro a partir de mandatos concientes, porque entonces lo que hace es un “como si” de vínculo, que puede dejar al niño con padres “de mentira”, que repiten lo elaborado por otro. Es decir, el niño va a detectar cada una de las situaciones en las que sus padres “actúan” una lección aprendida (p. 51).

A su vez, esta forma de trabajar con los padres implica ignorar el sufrimiento en sí. Cuando esto sucede, es decir, cuando los padres llegan al consultorio pidiendo consejos, es necesario proceder escuchándolos para que puedan manifestar sus temores así como también sus ideales, a fin de generar un espacio plausible de trabajo. “Y es que el reconocimiento de que las ocurrencias posibles frente al qué hacer son efectos de la propia historia y de la propia ideología del analista, es una cuestión fundamental a tener en cuenta” (Janin, 2013, p. 51). La autora concluye que es esencial trabajar con los padres pero que ello sólo puede darse si desde un

principio se los escucha, evitando el analista ubicarse en una posición de dar consejos.

Por el mismo camino, Dinerstein (1987) afirma que el analista no posee un saber sobre cómo ser madre, padre o niño. Por el contrario, “Si algo sabe es que hay un saber inconsciente y si algo debe haber aprendido es a descolocarse de un lugar de saber para que el Otro, el inconsciente, se diga” (p. 110).

Por último, es oportuno mencionar que Bruno (2015), dentro de las expectativas de los padres de ser ayudados en su función, hace referencia a aquellos padres que solicitan al analista una explicación sobre lo que le sucede a su hijo, “expectativa que de algún modo implica una solicitud de diagnóstico; se espera que el profesional sepa decir si hay o no un problema, cuál es, a qué responde e indicar cómo proceder” (p. 115).

En la misma línea, Jaglin (2014) menciona que frecuentemente llegan al consultorio niños con un diagnóstico que los abarca totalmente, a modo de un “oráculo”. Una vez más, “los efectos de este saber que pretende dar cuenta de toda la verdad, satisfaría una demanda dificultando la posibilidad del sujeto de preguntarse por lo que le ocurre” (p. 99). Es decir, de esta forma también se obtura la posibilidad de generar un espacio en el que se pueda manifestar el sufrimiento del niño, ya que no se da lugar a su palabra. Por esta razón es necesario destinar tiempo de trabajo con los padres, escucharlos, de modo que se pueda generar dicho espacio donde se despliegue el sufrimiento tanto del niño como de los padres, logrando a su vez que estos últimos se puedan implicar en el síntoma de su hijo.

Tomando en consideración las diferentes posiciones que los padres pueden adoptar frente al análisis, que como se intentó demostrar están influidas por cómo fue tomada la decisión de consultar y, por lo tanto, por las expectativas en relación al tratamiento, a continuación se intentará pensar cómo ello contribuye en el establecimiento de la transferencia.

Capítulo 7. Transferencias múltiples

En primer lugar, considero pertinente mencionar la definición de transferencia propuesta por Blinder, Knobel y Siquier (2008) como un “proceso que atañe a los deseos inconscientes que se actualizan y se hacen presentes sobre ciertos objetos, con quienes se repiten las matrices infantiles” (p. 63). Destacan que el análisis es en la transferencia, por lo tanto ésta última es una pieza fundamental que interviene en la dirección del análisis y no una simple noción de la técnica.

A su vez, plantean que en el psicoanálisis con niños la transferencia presenta ciertas peculiaridades, ya que no se desarrolla sólo con el niño sino también con los padres y, en ocasiones, con los terceros que los envían, por ejemplo el maestro o el pediatra.

Asimismo, “La transferencia también implica y complica al analista, porque su inconsciente y sus fenómenos de repetición y transferencia y su narcisismo están también en juego” (Blinder, Knobel y Siquier, 2008, p. 64). Además, el hecho de trabajar con el niño mismo sorprende de una forma más angustiante al analista porque se confronta más de cerca con sus propias vivencias infantiles, a lo cual el analista debe estar sumamente atento con el fin de no actuar saliendo de su lugar de analista.

En el mismo sentido, Janin (2013) señala que en el análisis con niños éste no es el único protagonista, sino que también juegan su papel los padres y el analista. Refiere que se trata de

Transferencias y contratransferencias múltiples... El psicoanalista que trabaja con niños soporta muchas transferencias simultáneas: madre, padre, niño, pero también a veces las de maestros, pediatra, abuelos... Y quizás ésta sea una de las dificultades más importantes con la que nos encontramos: el ser soporte de muchas transferencias y por ende, que se despierten en nosotros diferentes transferencias recíprocas (p. 72).

Es decir, a lo largo del análisis el niño y los padres repetirán en la sesión sus propias historias, frente a lo cual el analista también recordará partes de la suya.

En este punto, cabe preguntarse quién demanda en el análisis con niños. Al respecto, García, en Sigal (1995) plantea que

El psicoanálisis que trabaja con niños se verá confrontado primero a la demanda de los padres -o, más exactamente, a un pedido que los padres formulan y que vehiculiza su demanda-, urdida con la historia deseante de éstos, componiendo el complejo campo de transferencia (p. 11).

A raíz de ello, se interroga cómo proceder con esa demanda (o pedido) de los padres: ¿apartarla, educarla o escucharla? Y sugiere que en el análisis con niños la demanda se irá configurando a medida que se trabaja en transferencia.

Por el mismo camino, Siquier y Salzberg, en Sigal (1995) proponen que

Cuando los padres consultan a propósito de un niño, el analista debe mantener una escucha analítica, que tenga como condición la pérdida de todo referente que pueda velar la verdad del inconsciente (...) Se apunta así a que el rumbo de un análisis es el que irá marcando la transferencia (p. 52).

Es decir, el analista debe abstenerse de ubicarse en una posición pedagógica o de educador, ya que es en transferencia que se permite el surgimiento del saber inconsciente.

Además, como plantean Ortigues y Marie-Cécile (1987), “La demanda, si se le da tiempo y si estamos dispuestos a oírla en su complejidad, se despliega, se diversifica, se ramifica, se desplaza, se reabsorbe... se estira, mientras a su sombra se producen reestructuraciones” (p. 17). Demanda que se podrá modificar a partir de la escucha atenta del analista y del desarrollo de la transferencia.

Entonces, teniendo en cuenta que la consulta a un analista no surge por decisión propia del niño sino porque un adulto (madre, padre u otro) advierte cierto malestar en el niño, Schroeder (2001) propone que “Hace falta un compromiso libidinal con el tratamiento, para que éste pueda desarrollarse. El tratamiento del hijo tiene que tener un lugar en el “espacio psíquico” de los padres” (p. 8). Para ello, es necesario escuchar a los padres con el fin de que se genere un espacio de interrogación, de forma que paulatinamente se construya una demanda. A su vez, también hay que tener en cuenta que más allá de que muchas veces sean los propios padres quienes toman la decisión de consultar, es probable que se generen ciertas resistencias. En palabras de Ortigues y Marie-Cécile (1987), “Toda demanda de padres relativa a su hijo tiene su «revés». La vertiente inconsciente de sus anhelos es cómplice de los trastornos del niño, forma parte de las raíces de esos trastornos, pero ellos no lo saben” (p. 22). Es decir, el revés sería el deseo inconsciente de los padres de que nada cambie.

En este punto, Janin (2013) se interroga respecto a las resistencias de los niños a la hora de acudir al consultorio y plantea que “si los adultos quieren, el niño llega. Allí, ya en el consultorio, los propios fantasmas estarán en juego... terrores que

se presentifican en presencia del analista... Y seremos el monstruo devorador, o el rival implacable, o la adivina" (p. 74).

En este sentido, es importante tener en cuenta los diferentes lugares en que los padres pueden ubicar al analista, que según Janin (2013) puede ser visto como juez, competidor, perseguidor; también se lo puede identificar con los propios padres, hermanos o con el niño mismo; se lo puede considerar como aliado de uno de los padres, o del niño, o de la escuela o el pediatra. La autora hace hincapié en la necesidad de reflexionar sobre esos lugares, ya que si un niño se resiste al análisis es muy probable que los padres sostengan esas resistencias.

Como plantea Mannoni (1976),

Toda demanda de cura del niño –incluso cuando está motivada en el plano de la realidad- cuestiona a los padres, y es raro que un análisis de niños pueda ser conducido sin tocar para nada los problemas fundamentales de uno u otro de los padres (p. 73-74).

Sucede que en el síntoma del niño contribuyen reacciones y angustias de los padres. Por lo tanto, tocar el síntoma implica la posibilidad de revelar el lugar que el síntoma ocupa para los adultos. Por esta razón, se puede generar en aquellos actitudes defensivas, es decir, resistencias.

Desde otra perspectiva, Janin (2013) hace referencia a las resistencias cuando los padres se presentan en el consultorio del analista por sugerencia o imposición de un tercero. Sucede que no consideran que su hijo presente dificultades sino que se las atribuyen a otros, generalmente a aquel que los derivó. De esta forma, es muy probable que el niño se resista a asistir a la consulta ya que hay una denegación de los problemas, y asistir implicaría reconocerlos.

Entonces, hay que tener en cuenta que muchas veces la transferencia con los padres complica el tratamiento. Blinder, Knobel y Siquier (2008), citando a Freud (1932), plantean que

Las resistencias internas que combatimos en el adulto están sustituidas en el niño, las más de las veces, por dificultades externas. Cuando los padres se erigen en portadores de la resistencia a menudo peligra la meta del análisis, o este mismo, y por eso suele ser necesario aunar al análisis del niño algún influjo analítico sobre sus progenitores (p. 70).

Por ejemplo, teniendo entrevistas con los padres cuando se considere necesario, en las cuales se pueda desplegar la transferencia y aludir a aquellas cuestiones de su historia que los padres repiten en relación con el niño. Como refieren los autores, de esta forma tiende a disminuir el sentimiento de persecución o culpa que los padres pueden llegar a sentir por haber hecho las cosas mal. Por esta razón es imprescindible que el analista se mantenga en su posición y no que, por ejemplo, se identifique con el niño recriminando a los padres.

En el mismo sentido, Garma (1992) plantea que “Las dificultades que los padres causan, dependen de sus actitudes inconscientes y sus ambivalencias” (p. 311). Según explica, para que el tratamiento sea posible es necesario contar con la cooperación de los padres. Entonces, sugiere que incluir en el análisis esas actitudes inconscientes sería favorecedor ya que incrementa la confianza de aquellos disminuyendo así las dificultades externas.

En definitiva, es imprescindible trabajar con los padres ya que

El lugar y la importancia que como analistas adquirimos y poseemos para un niño en un tratamiento está pautado, desde el comienzo y a lo largo de todo el trabajo, por los padres. Es sólo a través de ellos que se puede establecer y mantener ese lugar y esa importancia. Son los padres los que contribuyen a sostener la creencia en el saber y el poder del analista (Schroeder, 2001, p. 8-9).

No obstante, el analista no debe olvidar que su paciente es el niño y no los padres. Como plantea Garma (1992), el vínculo transferencia-contratransferencia es uno de los puntos centrales en el análisis con niños dado que plantea un doble problema, a saber: el vínculo del analista con el niño y el vínculo del analista con los padres. A su vez, esta situación se complejiza en aquellos casos en que padres e hijos llegan enviados al consultorio. En este punto, estimo pertinente mencionar que Casas de Pereda y otros (1980) señalan lo siguiente: “Denominamos *transferencia central* (T) la que se realiza hacia el analista siendo las restantes las transferencias laterales (t)” (párr. 16). Por el mismo camino, Schroeder (2001) hace referencia a un sentido restringido y a un sentido amplio de la transferencia y la contratransferencia. El sentido restringido es aquel que se da entre el niño y el analista y el sentido amplio entre los padres y el analista. Este último no es menos importante, ya que “Cuando el proceso se atasca importa analizar la resonancia de las transferencias masivas parentales sobre el análisis del hijo, buscando contener y procesar las identificaciones proyectivas, intentando así, que el proceso analítico vuelva a dinamizarse” (p. 11).

Por esta razón, es imprescindible que el analista repare en lo que el niño y los padres generan en él y en si es capaz de tolerar los diferentes lugares en que podría ser ubicado. “Entonces, pensar las transferencias de los niños es pensar en las transferencias de los padres, de otros adultos y también en las del analista” (Janin, 2013, p. 72).

En este punto, considero pertinente mencionar que Blinder, Knobel y Siquier (2008) plantean que una de las formas bajo las cuales se presenta la transferencia es bajo la forma del saber, pudiendo ser atribuida tanto por el niño como por los padres. Estos últimos esperan que el analista sepa qué tiene el niño. Sin embargo, es de suma importancia que el analista no se ubique en ese lugar ya que, más allá de que cuente con la teoría, cada sujeto es singular y es necesario conocer aspectos de cómo se fue construyendo ese sujeto, “Y esas pistas nos las da el niño con sus palabras, con sus juegos y sus dibujos, y los padres con lo que hablan y con lo que no hablan acerca de su hijo” (p. 66), pistas que despliegan en transferencia. Como plantea Bruno (2015)

Desde la posición de escucha, el riesgo del lado del analista es considerar que sí se sabe cómo educar e intentar instruir a los padres de acuerdo a lo que se entiende como lo correcto, tarea de índole represiva y ejercicio de poder deslizado por la suposición de saber que se le atribuye (p. 65).

No obstante, cierta atribución de saber al analista es fundamental para que se funde la transferencia y, por ende, el análisis. Dinerstein (1987) hace especial énfasis en este punto y destaca el hecho de que si bien el análisis debe llevarse a cabo con el niño, no se debe ignorar la suposición de saber que los padres otorgan al analista y se debe sostener dicha transferencia. De esta forma, se preserva el lugar del niño como analizante

Por último, considero oportuno hacer referencia a los aportes de Flesler (2007) que teniendo en cuenta el modo en que los padres acuden a la consulta con el analista y las correspondientes expectativas que se ponen en juego en relación al análisis, establece una distinción entre tres vertientes de la transferencia, a saber: simbólica, imaginaria y real. Como se verá, en cada una de ellas los padres dan determinado lugar al saber y, por lo tanto, las intervenciones del analista serán diferentes en cada caso.

En este sentido, explica que cuando son los padres quienes toman la decisión de consultar y, por lo tanto, se interrogan y buscan un saber, prima la vertiente simbólica de la transferencia. “En ese caso está funcionando la suposición de saber

que ellos nos otorgan ante el goce del síntoma en el niño” (p. 143). Por lo tanto, para la autora se trata de la posición más favorable ya que los padres están más dispuestos a implicarse en el síntoma del niño.

Por otro lado, cuando los padres no consultan sino que demandan, la vertiente de la transferencia puesta en juego es la imaginaria. “No hay búsqueda de saber. Semicerrados a cualquier pregunta que reinstituya «la dignidad del síntoma» (Lerner, 2004), esos padres se muestran refractarios a cualquier movimiento dialéctico” (p. 143). Es decir, son padres que no se interrogan, no buscan un saber, sino que buscan una pronta respuesta a la demanda de ajustar al niño a lo que ellos esperan de él, dado que el niño los hirió en su narcisismo. En este punto, es esperable que el analista intervenga escuchando y sosteniendo a los padres para que puedan empezar a interrogarse y, posteriormente, poder trabajar con el niño.

Por último, la autora menciona que la situación más compleja se da cuando los padres acuden al consultorio enviados por un tercero, prevaleciendo la vertiente real de la transferencia. “De ser así, los padres vienen molestos por la interrupción de un goce que a ellos no los perturba” (p. 144). De esta forma, no consultan ni demandan, acuden al consultorio únicamente porque un tercero los envía. En estos casos, sería importante que las intervenciones del analista apunten a trabajar en la formulación de una demanda de los padres más allá de la demanda de aquel que los envía, con el fin de generar un espacio en el cual el niño pueda expresarse y ser escuchado.

Como sugiere Bruno (2015), “Diseñar formas de intervención adecuadas para cada una de las vertientes predominantes de la transferencia, desde las primeras entrevistas, es una tarea en construcción” (p. 67).

CONCLUSIONES

A partir del recorrido realizado en el presente trabajo, donde se aborda la temática concerniente al lugar de los padres en el psicoanálisis con niños mediante una revisión de la literatura sobre dicho campo temático, es plausible mencionar algunas consideraciones finales.

En principio, la interrogante disparadora de la actual monografía es la siguiente: ¿por qué incluir a los padres en el análisis con niños?

En un afán de responder a dicha interrogante, lo que se intentó fundamentar es que hay dos cuestiones principales a la hora de abordarla.

En primer lugar, es de suma importancia tener en cuenta el lugar que ocupan los padres en la estructuración psíquica del niño. Como se intentó exponer, el estado de indefensión y dependencia en que se encuentra el cachorro humano al nacer torna imprescindibles la presencia de la función materna y de la función paterna. No obstante, a medida que el niño crece, es igualmente necesario que madre e hijo, relación que en un principio suele ser muy fuerte, comiencen a separarse paulatinamente. En este punto, es fundamental la presencia de la función paterna, que consiste precisamente en poner un límite a la relación primitiva entre madre e hijo. En su defecto, las fallas en dichas funciones acarrearán ciertas consecuencias.

A través del historial clínico de Juanito se procuró abordar el pasaje del niño por el complejo de castración y cómo las fallas en este contribuyeron a la creación de la fobia. Se observó cómo el fuerte vínculo que se había establecido entre Juanito y su madre, que en un primer momento era satisfactorio para aquel, posteriormente se vio interrumpido debido al surgimiento de dos acontecimientos: el nacimiento de su hermana y la experiencia de excitación y de tumescencia como lo nuevo e imposible de simbolizar. De esta forma, lo que el niño tenía para ofrecer no era suficiente para la madre, y es en este punto que se crea la fobia con el fin de ocupar el lugar de la función paterna en el sentido de suplir la función de la castración que aquel no estaba pudiendo ejercer.

Ahora bien, es imprescindible tener en cuenta este proceso de estructuración porque, finalmente, contribuye en la construcción de la propia identidad en el niño y en su salida exogámica, en su relacionamiento con los otros.

En este punto, considero de especial trascendencia hacer referencia a lo desarrollado respecto al mito cuaternario y la importancia de tener en cuenta cómo

opera el otro dentro del fantasma de los padres. Es decir, como se intentó transmitir a través del historial clínico del Hombre de las Ratas, el otro es el amigo pero también es la deuda, dado que no se sabe si el padre no le devolvió el dinero a su amigo porque no lo encontró o porque no lo buscó. Entonces, es importante tener en cuenta a ese otro porque en él se encuentran también las instituciones, los pares, etc., de modo que repercute, como ya se mencionó, en la construcción de la propia identidad en el niño y en su salida exogámica, es decir, en su relacionamiento con los otros. De hecho, respecto al caso clínico se observó que el joven se relacionaba de una forma particular con los otros, por ejemplo imponiéndose ser el buen amigo y destacarse en el ejército. Luego, en el transcurso del análisis, aflora la determinante que contribuía a ese tipo de relacionamiento, que era justamente pagar la deuda del padre. Entonces, el hecho de reparar esa deuda facilitó la dimensión de buscar al otro pero no sin consecuencias, dado que en la socialización es necesario que haya cierta reciprocidad, que ambas partes se reconozcan entre sí. Por el contrario, si el sujeto sólo se ubica en una posición de dar queda expuesto, como sucede en el caso del Hombre de las Ratas donde éste joven está continuamente pagando la deuda del padre. Por otro lado, cuando se trata de hacer su propia vida, no lo consigue. Es interesante hacer énfasis en la solución que toma en la relación deseante ya que en lo que respecta a la exogamia, es decir, a cómo se hace su camino en el mundo, quedó contrariado.

En definitiva, lo que se intentó explicitar en la primera parte del presente trabajo es que se torna imprescindible tener en cuenta el lugar de los padres en la estructuración psíquica del niño dado que, en última instancia, influye en la construcción de su identidad y en la forma de relacionarse con los otros.

Respecto a la segunda cuestión que considero principal a la hora de pensar en el lugar de los padres en el análisis con niños, se tomó en consideración el hecho de que quienes suelen consultar a un analista son los padres y no el niño mismo. Por lo tanto, es necesario otorgar un espacio a los padres, ya que si estos no se implican en el análisis de su hijo no habría posibilidad de análisis.

En este punto, es indispensable atender a cómo llegan los padres al consultorio del analista, es decir, cómo toman la decisión de consultar, que como se explicó puede ser una decisión tomada por ellos o sugerida o impuesta por un tercero. En el mismo sentido, también se debe reparar en las expectativas de los padres en relación al análisis ya que si bien en ocasiones pretenden que sea un espacio para que el hijo pueda expresarse, en otras esperan que se modifiquen o acallen los síntomas o, directamente, esperan que sea un espacio para ellos como padres. Por

esta razón, estimo que una de las cuestiones principales en el psicoanálisis con niños corresponde a la transferencia, teniendo en cuenta las diferentes posiciones que pueden adoptar los padres respecto al análisis y cómo ello contribuye al análisis mismo, así como si se implican o no en la dificultad de su hijo. Asimismo, dentro de las particularidades de la transferencia en el psicoanálisis con niños se encuentra el hecho de que, en ocasiones, no se desarrolla sólo con el niño y con los padres sino también con aquellos terceros que puedan haber sugerido la consulta al analista. En este punto, tampoco se debe olvidar la importancia de atender a la contratransferencia del analista, entendiendo como necesario que el analista se mantenga en su posición y que no se identifique ya sea con el niño, los padres u otras figuras que puedan aparecer.

Teniendo en cuenta dichas consideraciones, la propuesta en esta segunda parte del trabajo fue profundizar acerca de las particularidades en la consulta con niños, en estrecha relación con el hecho de que aparecen otros actores en escena a los cuales es necesario atender.

A modo de síntesis, la idea que se intentó transmitir a través del presente trabajo, es que a la hora de reflexionar en torno a la clínica con niños es imprescindible atender a el lugar que ocupan los padres con el fin de indagar cuál es la posibilidad de que, en la dimensión analítica, se genere un tratamiento, teniendo en cuenta lo mencionado anteriormente acerca del lugar que ocupan tanto en la estructuración psíquica del niño como en la consulta misma.

En este sentido, tomando en consideración que la consulta a un analista no surge por decisión propia del niño sino porque un adulto advierte cierto malestar en él, es necesario que los padres se comprometan con el tratamiento de su hijo, es necesario contar con su cooperación, y para ello es imprescindible escucharlos. Si bien no se debe olvidar que el paciente es el niño, es acertado otorgarles un lugar a los padres ya que contribuye favorablemente a la hora de trabajar con el niño.

Se espera que la presente monografía constituya un material de aporte para aquellos interesados en la temática abordada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bleichmar, H. (1997). *Introducción al estudio de las perversiones: La Teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bleichmar, S. (2010). Producción de subjetividad y constitución del psiquismo. En *El desmantelamiento de la subjetividad* (pp. 33-49). Topia: Buenos Aires.
- Blinder, C., Knobel, J., y Siquier, M. L. (2008). *Clínica psicoanalítica con niños*. Madrid: Síntesis.
- Bruno, G. (2015). *Entrevistas iniciales con padres para la atención psicológica de un hijo. Significación del motivo de consulta*. Montevideo: Biblioteca plural.
- Casas de Pereda, M., Fernández, A., Freire de Garbarino, M., Gil, D., Maberino de Prego, V., Mieres, G., y Plosa, I. (1980). La transferencia en el análisis de niños: de la novela a la historia. *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, (60). Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/1980/1688724719806009.pdf>
- Carrasco, O. (2017). *Sintagmas sobre la histeria*. Montevideo: Psicolibros.
- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización: Producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- Costas Antola, A. (2009). Tiempo de interpelación: entrevistas iniciales con niños y padres. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, (4), 37-48. Recuperado de http://www.controversiasonline.org.ar/images/stories/Controversias/controversias_n4_esp/costas_antola.pdf
- Dinerstein, A. (1987). *¿Que se juega en psicoanálisis de niños?* Buenos Aires: Lugar.
- Dolto, F. (1984). *Seminario de Psicoanálisis de niños*, (Vol. 1). México: Siglo Veintiuno.
- Donzis, L. (1998). Transferencia y juego. En *Jugar, dibujar, escribir: psicoanálisis con niños* (pp. 45-91). Homo Sapiens: Rosario.
- Favre, A. (2005). La consulta de los padres por su hijo. En *Cuestiones de Infancia. Revista de psicoanálisis con niños*, (9), 33-39. Recuperado de http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/205/La_consulta_de_los_padres.pdf?sequence=1

- Flesler, A., y Goldemberg de Barca, I. (1984). ¿(De) quién se trata en el análisis de un niño? *Suplemento de la Notas de la Escuela Freudiana*, (3). Recuperado de <http://www.efba.org/efbaonline/flesler-10.htm>
- Flesler, A. (2007). *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1996). El sepultamiento del complejo de Edipo. *Obras completas*: S. Freud (vol. 19, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original de 1924).
- Freud, S. (1953). Introducción del narcisismo. *Obras Completas*: S. Freud (vol. 14, pp. 171-195). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original de 1914).
- Freud, S. (1996). Proyecto de psicología para neurólogos. *Obras completas*: S. Freud (vol. 1, pp. 323-441). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original de 1895).
- Freud, S. (1992). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. *Obras Completas*: S. Freud (vol. 10, pp. 7-118). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original de 1909).
- Garma, B. (1992). *Niños en análisis. Clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Kargieman.
- Gómez Arango, C. (2006). Los padres en la psicoterapia de los niños. *Pensamiento psicológico*, 2(6), 103-113. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/801/80100609.pdf>
- Jaglin, A. (2014). *La escucha analítica con niñas y niños en el tiempo del déficit, el exceso y el trastorno*. Montevideo: Psicolibros Universitario.
- Janin, B. (2005). Los padres, el niño y el analista: encuentros y desencuentros. *Cuestiones de Infancia. Revista de psicoanálisis con niños*, (9), 15-32. Recuperado de http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/204/Los_padres_el_ni%C3%B1o_y_el_analista.pdf?sequence=1
- Janin, B. (2011). *El sufrimiento psíquico en los niños. Psicopatología infantil y constitución subjetiva*. Buenos Aires: Noveduc.
- Janin, B. (2013). *Intervenciones en la clínica psicoanalítica con niños*. Buenos Aires: Noveduc.

- Lacan, J. (1953). *El mito individual del neurótico*. Recuperado de <https://leandromarshall.files.wordpress.com/2012/05/lacan-jacques-el-mito-individual-del-neurc3b3tico-el-hombre-de-las-ratas.pdf>
- Lacan, J. (1995). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je], tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. *Escritos*: J. Lacan (vol. 1, pp. 86-93). México: Siglo Veintiuno. (Trabajo original de 1949).
- Lacan, J. (1992). *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de 1969-70).
- Lacan, J. (1994). *Seminario 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de 1956-57).
- Lacan, J. (1999). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de 1957-58).
- Lacan, J. (2006). *Seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de 1962-63).
- Laurent, E. (1999). *Hay un fin de análisis para los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Levin, E. (2000). *La Función del hijo: espejos y laberintos de la infancia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Mannoni, M. (1976). *El niño, su enfermedad y los otros*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Mannoni, M. (1979). *La primera entrevista con el psicoanalista*. Buenos Aires: Gedisa.
- Nasio, J. D. (1996). *Enseñanza de 7 Conceptos Cruciales del Psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
- Nevares, M. (2001). Demanda de los padres, deseo del niño. *FORT-DA. Revista de psicoanálisis con niños*, (4). Recuperado de <http://www.fort-da.org/fort-da4/demandapadres.htm>
- Ortigue, E., y Marie-Cécile. (1987). *Cómo se decide una psicoterapia de niños*. Buenos Aires: Gedisa.
- Piro, M. C., y Basualdo, A. B. (2007). La constitución del cuerpo en la enseñanza de Lacan: del estadio del espejo al seminario de la angustia. En *XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*.

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología Buenos Aires. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-073/555.pdf>

Schroeder, D. (2001). *Conceptualizando el lugar de los padres en el psicoanálisis de niños*. Montevideo: Universidad de la República. Unidad de formación permanente para graduados.

Sigal, A. (1995). *El lugar de los padres en el psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Lugar.

Winnicott, D. (1956). Preocupación Maternal Primaria. *Biblioteca de D. Winnicott*. Recuperado de <http://www.psicoanalisis.org/winnicott/preomapr.htm>